

HISTORIA DE VIDA

Editor: Alexander Zosa-Cano

alexzosa@hotmail.com



Vamos a restringir los ensayos publicados en esta sección: (1) La política editorial no permite publicar ensayos biográficos sobre personas vivas; y (2) los personajes biografiados deben trascender el ámbito local y doméstico. Es decir, no se va a permitir publicar ensayos cuya única importancia es ser un antepasado del autor, o los méritos del biografiado se limitan a su ciudad. Los personajes biografiados deben tener importancia nacional o regional; es decir, Costa Caribe, las Segovias y la región del Pacífico.



El cultivo de la biografía y la autobiografía en Nicaragua tiene antecedentes como la autobiografía de Rubén Darío, compuesta en Buenos Aires y fechada entre el 11 de Septiembre y el 5 de Noviembre de 1912. Entre nosotros están las autobiografías de Emiliano Chamorro¹, *Cabos sueltos de mi memoria del Dr. Carlos Cuadra Pasos*², y *Memorial de mi vida* de Blas Hurtado y Plaza (1722-1792)³.

La autografía es un género literario que ha recibido muy poca atención en la historia de la literatura española. Es difícil escribir una autobiografía que sea verificable, basada en hechos, y que sea neutral.

Hemos publicado hasta hoy, el No. 78 inclusive, unos 164 ensayos biográficos. Entre los autores más prolíficos en este tema han sido Jorge Eduardo Arellano, Eddy Kühl Arauz, Ramón García Maldonado, Francisco-Ernesto Martínez, José Mejía Lacayo, Flavio Rivera Montealegre, y Carlos Tünnermann Bernheim. ■

¹ Autobiografía Completa del General Emiliano Chamorro - Revista Conservadora No. 67. Abril 1966.

² Cuadra Pasos, Carlos: *Cabos sueltos de mi memoria del Dr. Carlos Cuadra Pasos*. Obras. Managua: Fondo de Promoción Cultural, Banco de América, 1976.

³ Hurtado y Plaza, Blas, and Carlos Molina Argüello. *Memorial de mi vida*. Managua: Banco de América, 1977.

El Médico de Masaya que Triunfó en Panamá: Luis Arrieta Sánchez

Francisco-Ernesto Martínez

Miembro de la Academia de Genealogía de Costa Rica
fcoernestom@yahoo.com
fcoernestom@gmail.com
www.francisco-ernesto.com



Luis Arrieta Sánchez nació en la ciudad de Masaya, Nicaragua, el viernes 24 de mayo de 1907. Hijo de don Nicolás Arrieta y de doña Emilia Sánchez López. Como referencia, fue hermano del Dr. Nicolás Arrieta Sánchez.

Estudió medicina en la Universidad de Oriente y Mediodía en Granada. En 1935 se graduó con honores como Médico y Cirujano. El Presidente de Panamá, Dr. Harmodio Arias Madrid, lo becó para que hiciera su internado en el Hospital Santo Tomás. En 1937 llegó a Darién, y a solicitud de la Rockefeller Foundation realizó los primeros estudios sobre malaria; practicó las primeras operaciones de cataratas, afección muy común entre los indígenas chochos. Llevó alivio a poblaciones como Chepigana, El Real, Tucutí, Comogandí, Paya y La

Palma. Este hecho histórico así lo describe Hermes Sucre Serrano:

“En junio de 1937, una angosta piragua navegaba por el caudaloso río Tuirá de Darién. El médico Luis Arrieta Sánchez observaba la exuberante vegetación ribereña, y seguía con la mirada la procedencia del canto de aves de hermoso plumaje. En un rincón de la húmeda canoa había un maletín negro lleno de esperanzas.” (Serrano, 2003).

Gestionó con éxito la construcción del hospital en La Palma, en terreno donado por un ciudadano apellido Company, bajo el diseño del arquitecto Teodoro Méndez.

El Ministro de Salud de Panamá, Dr. José Lefevre, le solicitó que se encargara del programa de la Fundación Rockefeller para organizar las unidades sanitarias en las cabeceras de provincia. En 1940 el Presidente de Panamá, Dr. Augusto Boyd, le entregó la carta de naturalización.

Estudió radiología en la Universidad de Michigan, y en el Riverch Hospital de la Universidad de Illinois. Y obtuvo el postgrado en radiodiagnóstico en el Cook Country School of Medicine de Chicago.

En enero de 1948 instaló su clínica privada en Panamá. Ese mismo año fue nombrado Jefe Radiólogo Consultor del Departamento de Rayos X del Hospital Santo Tomás de Panamá y Supervisor de los servicios de rayos X en toda la República. El 25 de marzo de 1949, fue nombrado Jefe de Radiología del Hospital Santo Tomás.

El 8 de noviembre de 1949 fue uno de los fundadores la Sociedad Radiológica de Panamá, siendo su primer Secretario. Y posteriormente fundó la revista Radiología, editada con su propio peculio durante 18 años, la cual distribuía gratuitamente.

En Septiembre de 1954, con motivo de las Bodas de Plata de la Asociación Médica Nacional, **presentó el trabajo "Un signo más en las obstrucciones del íleon Terminal". A solicitud del presidente del Congreso, Dr. Bernardino González Ruíz, se nombró este descubrimiento como "Signo Arrieta Sánchez". El hallazgo logró reconocimiento mundial. De tal manera que *The American Journal of Radiology*, en 1956, se refiere al "Signo Arrieta Sánchez" como novedoso diagnóstico.**

Fue también el fundador de la Sociedad Panameña de Técnicos de Rayos X. En 1961 dictó conferencias en América del Sur, entre ellas una en Sao Paulo, Brasil. Luego, en Punta del Este, Uruguay, presentó como trabajo el primer Manual de Radiodiagnóstico, con un volumen de 428 páginas que incluían numerosas ilustraciones. Fue el primer trabajo en su género en español, que se hizo en América.

El 29 de julio de 1960, al cumplir sus Bodas de Plata, se le impuso la Medalla de Honor al Mérito, en el Hospital Santo Tomás.

Falleció en Panamá, a sus 75 años de edad, el sábado 13 de noviembre de 1982. Actualmente el Departamento de Rayos X del Hospital de Panamá lleva su nombre.

Bibliografía

- Calendario Simétrico Perpetuo.
- **Serrano, Hermes Sucre, 2003, "Luis Arrieta Sánchez, médico a tiempo completo",** *La Prensa de Panamá*, 24 de mayo.
- Ortega Arrieta, Walter, 2012, entrevista por Francisco-Ernesto Martínez, efectuada en la Farmacia Estrella Roja, de la ciudad de Masaya. ●

Memorias del Comendador Santiago Callejas Sanson. Primera entrega

Santiago Callejas Sanson

Estas Memorias fueron enviadas por Eddy Kühl, quien no recuerda quien se las envió. Por su extensión (92 páginas), la hemos dividido en dos entregas.

Nací en Chinandega, ciudad de las naranjas dulces en Nicaragua, el 16 de Mayo de 1857, hace cerca de ochenta y cuatro años.

La casa solariega de mis padres quedaba en la Calle Real, entre la casa de don Walter Bridge, ciudadano inglés y la de don Julio Bahlche, ciudadano alemán.

Mis progenitores fueron don Juan Andrés Callejas y doña Gertrudis Sansón. Mi padre era originario de Honduras y llegó a Chinandega a rodar fortuna, por el año de 1835. Formo su primer hogar con doña Raymunda Prado y procreó con ella varios hijos que fueron mis hermanos mayores: Elisa Raymunda, Dolores, Elodia, Juan Francisco, Adelaida, Rosario, Adelina y David. Al morir doña Raymunda Prado el 25 de Diciembre de 1855, mi padre contrajo segundas nupcias con su vecina del frente, doña Gertrudis Sansón, con quien procreó siete hijos que fueron: Santiago, María de Jesús, Gertrudis, María Victoria, Justina Elodia, Rafael y Mercedes. Mi padre murió de un derrame cerebral después de la caída de un caballo brioso, el 22 de Enero de 1867 y fue enterrado en la misma fosa de su compañera difunta en la Iglesia Parroquial.

No conozco ascendientes de mi padre más allá de mis abuelos: baste decir que solo sé que mis abuelos paternos fueron don Manuel Callejas y doña Martina Soto; que vivieron en el mineral de San Antonio, Honduras; que doña Martina, según me han contado mis primos hondureños era de mis abuelos maternos solo



Don Santiago y su esposa Doña Narcisa Mayorga

conocí a doña María Parrales, pues mi abuelo, don Joaquín Sansón ya había muerto. Se dice que fue un hombre muy bien parecido. Sus hijos fueron: José, que se casó en León con doña Mercedes Escoto; Joaquín, que murió de cólera; María Gabriela, Carmen y Estefanía, que murieron solteras; Tula, mi madre; F y Clara, que se casaron respectivamente con don Juan Callejas, con el caballero Alejandro Manning y con don Domingo Rivas. Mi abuela, doña María Parrales, era descendiente auténtica de un español que se llamó don Toribio Parrales, hermano de don Juan Gualberto Parrales, progenitor de los Parrales de Jinotepe, casado con doña Cesárea Peralta y cuyos hijos fueron: doctor Francisco Parrales, que fue el padre de doña Dolores Parrales, esposa del doctor José Núñez; Clea, María y Carmen.

Doña Clea murió en la casa de mi madre a los noventa años de edad y fue casada en primeras nupcias con don Canuto Miranda, de Chontales y en segundas nupcias con don Pedro Martín Mayorga, viudo con hijos. De ella fue la **casa situada en la plazuela de San Sebastián de León, conocida como "La 21"**.

Doña Carmen fue la primera esposa del Licenciado Mateo Arrieta. He dado mi genealogía hasta donde yo la conozco y ahora voy a la historia de mi vida.

Mi primera escuela en Chinandega fue la de un guatemalteco que se llamaba Juan Uriarte, pariente de los Montealegre. Una criada llamada Leoncia me llevó a la fuerza a dicha escuela, cargado, dando gritos en la calle, pero después le tomé gusto a las clases y aprendí a leer. Mi profesor de escritura fue don José Mayorga, maestro sagaz con una letra inglesa magnífica; él me enseñó el Catecismo de Ripalda y las primeras reglas de aritmética. Ya había muerto mi padre en el año de 1867 y al año siguiente me mandó mi madre a León; caballero en rocín overo, **al que mi hermano Juan llamó "Pijurín". Por supuesto que no había entonces ferrocarril ni telégrafo.**

Mi compañero don José Mayorga, montaba un caballo tuerto que dejó mi padre en la caballeriza. Nos hospedamos en casa de don Nazario Escoto, suegro de mi tío y padrino don José Sansón, suegro actualmente de don Octavio Navas.

Poco después entré interno al Colegio de San Fernando, regentado por el Licenciado don Antonio Silva. Conmigo estaban también internos Eduardo y Carlos Deshon; Juan y Manuel Midence y otros de Managua, así como el hoy ancianísimo doctor Jerónimo Ramírez, padre de Ramírez Brown. De Chinandega estaban Francisco Morazán, mi hermano David, Abel y David Gutiérrez, Rafael y Luis Felipe Venerio; de Granada, Lisímaco y Alberto Lacayo, Carlos Alberto y un Dávila, y el que fue después el padre Juan Gaitán, de Catarina. De El Sauce eran los hermanos Chavarría.

Todos los sábados nos llevaba el sub – Director que era el Monigote don Rosa Rizo a la misma sabatina de La Merced.

Fue don Rosa, después, el colgó los hábitos: el abogado don Rosa Rizo. Después fue sustituido en ese cargo por el doctor José Víctor Valle.

Tuve además como maestro al doctor Francisco Ramírez y por maestro de caligrafía el doctor Luciano Gómez. Fue precisamente durante mi permanencia en este colegio que estalló la Revolución de 1860, contra el presidente granadino don Fernando Guzmán, encabezada por los generales doctor Máximo Jerez y don Tomás Martínez. Ese colegio ocupaba el antiguo Convento de la Merced, edificio vetusto, con cuartos lúgubres y polvorientos, que fueron en un tiempo celdas de los Monjes Mercedarios. Por ese entonces mi hermano Juan se marchó a Inglaterra, donde contrajo matrimonio con la señorita Susana Skinner, de padres opulentos que vivieron en el N^o 69 Southgate Road.

Ella, mujer muy instruida, se vino con mi hermano para Nicaragua en 1870 y murió en Chinandega en el año 1871.

Mi hermano, que había tenido un hijo con la inglesa, pero que había muerto al nacer pensó volver a Inglaterra para arreglar el asunto de la herencia con los parientes de doña Susana. Ella no tenía más que un tío llamado Mr. Fox, riquísimo, quien generosamente abandono la herencia a mi hermano Juan; capital que había dejado su esposa Susana y que ascendía a treinta mil libras esterlinas. Mi madre, que había prosperado en los negocios de comercio, después de la muerte de mi padre, aprovecho el viaje de mi hermano para despacharme a Europa.

Nos embarcamos el 10 de Junio de 1871 en Corinto, en el vapor "Costa Rica" que nos llevó a Panamá. Allí cruzamos el istmo por ferrocarril y en Colón **tomamos el vapor "Shanon", de la Royal Mail, que iba en viaje a Inglaterra,** pasando por Jamaica y Saint Thomas. En Colón nos juntamos con dos nicaragüenses y dos hondureños. Los nicaragüenses eran, don Daniel Lacayo, hombre de mucha chispa que nos divirtió con sus chistes durante todo el viaje y don Lisímaco, del mismo apellido, antiguo condiscípulo mío en León.

Los hondureños eran, don Miguel Ugarte y don Ángel López. El vapor era de madera con ruedas laterales que lo propulsaban. Tardó 22 días en llegar al primer puerto inglés, Plymouth, de donde nos fuimos por ferrocarril a Londres, hospedándonos con los amigos hondureños en una humilde pensión del N^o 18 Middleton Square, Isilton, propiedad de una señora muy buena, llamada Mrs. Hemingway . Resulto que esa señora era amiga íntima de una familia Maggoo, amiga a su vez de la esposa de mi hermano, razón por la cual nos cobró mucho cariño y fue amiga de nosotros hasta su muerte.

Mi hermano había conocido a un señor Crawford Duncan, que medio hablaba español, por haber residido en Brasil y España y tenía un a escuelita en

el No. 129 Stoka Newington Road, al norte de Londres. Allí me llevó y allí me dejó. No había otro alumno interno mas que un salvadoreño llamado Marcos González, sobrino del que fue después Presidente de El Salvador, Santiago González. Me quedé triste en esta escuela, tanto mas al quedarme me entró calentura. Quise hablar con una de las hijas de mister Duncan y no entendió no jota.

La familia de Mr. Duncan se componía de la esposa y de dos niñas de mi edad, Annie y Nelly, bastante feas, con quienes conservé siempre estrecha amistad. Yo tampoco entendía una jota de lo que me hablaban y me pareció que jamás iba a entenderlas. Mi maestro, Mr. Duncan, generosamente iba conmigo a la Iglesia Católica que quedaba a más de dos millas de distancia y oía misa conmigo no obstante ser protestante.

Hasta la edad de 16 años permanecí en Londres. Allí tuve muchas amistades, la principal con la familia del Capitán Cotteall, gran amigo de mi hermano Juan, que vivía más al norte de Londres, en Tottenham y de la cual hablaré después más extensamente.

En 1873 me autorizó mi madre trasladarme a Bélgica y entrar en un colegio católico muy grande, situado en las afueras del pueblo Melle, en los Flandes Orientales.

Allí me había precedido mi paisano y amigo Francisco Morazán, que antes había estado en el colegio Bruce Catte de Londres.

Él había venido a Londres de vacaciones y me embarque con él en el puerto **londinense sobre el Támesis, en el vaporcito "Orión" que iba para Amberes.** Pasamos un día y una noche en el mar y al amanecer del día siguiente desembarcamos en Amberes, de donde seguimos por ferrocarril al pueblo de Melle. El colegio **se llama "La Mansión de Melle", regentado por hermanos religiosos de la Congregación de San José o Josefitas,** que hacen tres votos solemnes: Castidad, Obediencia y Enseñanza. Usaban sotana y birrete como los sacerdotes, aun sin ser sacerdotes. El colegio tenía más de 300 alumnos, todos internos, pero divididos en tres secciones: de chicos, medianos y grandes, teniendo estos últimos sus salones de estudios, su comedor y su patio de recreo separadamente. Los dormitorios eran grandes, con cuartitos separados para cada alumno y estaba dotado de una camita, una cómoda con laboratorio y una cortina que nos cerraban cuando entrábamos.

El idioma oficial era el francés y era prohibido hablar en otra lengua. Sin embargo poco caso conocíamos de esa prohibición, pues el colegio era entonces cosmopolita. Además de franceses y belgas, había ingleses, yanquis, alemanes, españoles, suizos, italianos, dos turcos, dos peruanos, varios hondureños y dos nicas. Mis amistades estaban entre los paisanos, los ingleses, los españoles y los italianos. Poco simpatizábamos con los belgas.

Llegó el día de la proclamación de los resultados del trimestre y no me mencionaron siquiera. Un joven español, de Barcelona, llamado Agustín Virgili, fue el primero y obtuvo condecoración de plata. Faltaban dos trimestres para completar el año escolar. Trabaje tesoneramente, pero habiendo perdido un Trimestre en la Cuarta, no tenía posibilidades de ser primero en excelencia y obtener el Primer Premio.

Finalmente llegaron los exámenes escritos y orales, los que pasé muy bien. Llegó el día de la proclamación y distribución de premios en el gran salón, a presencia de los padres de familia, al llegarle el turno a mi clase, oigo decir: **“Monsieur Santiago Callejas, de Chinandega, Nicaragua. Premier Prix d` Excellence”**; **Primer Premio de gramática francesa, primer premio de redacción y la corona”**. **Todo lo fui a recibir de manos del superior**, entre los aplausos de los espectadores. Eso fue en 1874.

Olvidaba decir que en el verano anterior de 1873 llegó nuevamente en viajes de negocios mi hermano Juan, acompañado de un español, gran amigo de mi padre, que se llamaba Pantaleón Navarro, residente en Chinandega.

Me junté con ellos en las grandes vacaciones de verano, en Londres y siempre en la pensión de Mrs. Hemingway. Mi principal diversión era el teatro y aun cuando fuera estudiante escogía los lugares e que pagaba por lo menos cinco chelines por el asiento.

En el curso siguiente volví a tener el Premio por Excelencia y más de ocho premios. La nostalgia se apoderó de mí y le pedí permiso a mi madre de regresar a Nicaragua, sin concluir mis estudios, lo que me fue concedido, si bien antes pedí permiso para ir a conocer Paris, la Ciudad Luz, pero también la ciudad de las grandes tentaciones. De Bélgica me fui a Londres y de allí a Paris.

Había llegado ese año a Europa mi vecino y gran amigo de mi padre, don Francisco Morazán y a él fui a buscar a Paris. Él estaba hospedado en el Hotel de la Terrass Pasaje Joufray, es decir, en el corazón y en medio del bullicio de la ciudad. Poco después trasladamos a un hotel más quieto y modesto situado en el NO 28 Vous de la Reina, en **los Campos Elíseos. Se llamaba Hotel du Palais”**. Allí encontramos hospedada a doña Chepita Chamorro de Ramírez. Conocí también allí a la señora polaca llamado Julia de Czervinska. Tal vez esas dos señoras me salvaron de los peligros de Paris, pues me dedique a ir al teatro con ellas. Me concrete a conocer Paris y a comprar lo que necesitaba para regresar a Nicaragua. Entre los objetos que adquirí estaba un vestido de boda para mi hermana María, que iba a casarse con doctor Ángel Navarro.

El año de 1878, por ciertas contrariedades, quise volverme al colegio, pero mi hermano Juan me hizo ver que era un disparate, estando tan bien establecido y para agradarme, mi madre me proporcionó los fondos para hacer un viaje al El Salvador. Me dio US\$ 300.00 en oro aculado para hacer el viaje. Me embarque en **Corinto en el vapor "South Carolina" y desembarque el día siguiente en la Unión.** Me hospede en la pensión de la familia cuyo propietario era un español: don Francisco Vila, casado con una señora llamada Damiana Guzmán. Visité en la Unión a mi pariente don Pedro Aldívar, quien me busco un criado y bestias para conducirme a San Miguel. Para allá me fui y me hospedé en el Hotel. Allí estuvo mi hermano Juan antes de irse a Inglaterra, como dependiente de don Joaquín Bustillo. Doña Irene Valenzuela, que era viuda, cuando supo que yo estaba en San Miguel y después de haberla visitado, me hizo pasar a su casa y me presentó en casa de su hermana doña Julia Valenzuela, viuda también. Esta señora tenía dos hijas educadas en Europa. Eran Florinda y Dorila. Florinda era prometido de don Ramón Portillo, a quien conocí en la Unión, en casa de doña Damiana Guzmán, curándose un ojo que por fin lo perdió. Dorila era la prometida de un general con quien se casó y que después vivió mucho tiempo en Chinandega.

Pasé bastantes días en San Miguel y luego partí a caballo a San Vicente, pasando por los pueblos de Quelapa, Moncagua, Chinameca y Jacuapa, pernocté en una hacienda a orillas de Lempa, en la que me dieron un banco de carpintería como cama. En la mañanita cruzábamos el Lempa en lanchota y las bestias a nado. Llegamos a San Vicente y fui a visitar al doctor Daniel Miranda, que había estado como emigrado político en Chinandega en el tiempo en que mandaba en El Salvador el Mariscal González. Al día siguiente pernoctamos en Cojutepeque y un día después llegamos a San Salvador, mi padrino de confirmación don Cleto Mayorga y toda su familia, inclusive la jovencita de colegio que debía ser mi esposa, Señorita Narcisa Mayorga, pero a decir verdad, no me llamó la atención ni tampoco su hermana mayor Sara y mucho menos las niñas Victoria y Francisca. Mi amistad era con María Cruz, Samuel, Cleto y Román y todos los días iba a visitarlos. Samuel era empleado principal de don Mauricio Duque y Cleto, empleado de la Renta de Aguardiente.

Resolví regresar a Nicaragua deshaciendo los pasos, por la misma vía que había traído a la venida, es decir, pasando por Cojutepeque, San Vicente, Lempa, Chinameca, San Miguel y La Unión. En San Miguel encontré un nuevo cura que era el Presbítero de voz chillona, el muy virtuoso padre Elías Aguado. Estaban con él sus sobrinas Bruna y Paulina Plazaola, bastante hermosa esta última, que se casó con don Nicolás Aguado, en León, y es la suegra del difunto don Liberato Salazar, padre del actual cura de Chinandega, Presbítero Francisco Salazar Aguado.

El padre Elías me confió a sus sobrinas para que las acompañara a Nicaragua. Salimos de san Miguel a caballo; en malas cabalgaduras. Como era invierno, encontramos **lleno el Río "El Rebalse" y lo pasamos casi nadando las bestias**. Este río es muy traicionero. Se han ahogado allí muchas personas, inclusive los novios que fueron de mi tía María Sansón y de la Señorita Nicolasa Ortiz.

En La Unión fleté un bongo de velas y remos para llevarnos a El Tempisque. Se junto con nosotros don Salvador López; salimos en la tarde; nos cogió un chubasco, que son muy comunes en el Golfo de Fonseca en esa época. Nos guarecimos al amparo de una isla. Pasamos la noche, pero amanecimos frente a Cosigüina contemplando el Volcán. Como no podíamos avanzar en contra de la marea, tuvimos echar fondo varias veces y permanecer seis horas en medio sol. Llegamos a El Tepisque por la tarde y como no teníamos bestias listas, tuvimos que dormir allí con un zancudero inmenso. Así volví a Chinandega a seguir mi vida de trabajo hasta el año de 1881 en que le propuse a mi socio y hermano hacer un viaje a los estados Unidos y Europa a comprar mercaderías personalmente. Mi hermano accedió con mucho gusto. Los gastos generales del viaje serian por cuenta del negocio, pero los personales por mi propia cuenta.

Partí de Corinto en la misma fecha del viaje a estudiar que había hecho diez años antes **y en el mismo vapor "Costa Rica". En San Juan del Sur se me junto con Joaquín Bárcenas y ambos hicimos el viaje hasta nuestro regreso. En Colon tomamos el vapor "Acapulco" para Nueva York. Al llegar a Nueva Cork nos fuimos al Hotel Gramercy Park, hotel netamente americano.**

De Nueva York salimos para Liverpool en el **vapor "City of Bruselas" de la Lemman Line**. Durante la travesía que duro 11 días tuve un susto. El tercer maquinista tenía la costumbre de sentarse sobre la regata y fumar su pipa cuando salía del cuarto de máquinas. Un día pegó un salto demasiado violento y se cayó **al agua. La gente gritaba: "a man overboard" y yo oía "Fire on board". Lo primero quiere decir "un hombre se ha ido al agua", pero yo entendía lo segundo, es decir "fuego a bordo"**. El buque se paró, echaron un bote al agua que recorrió el horizonte y solo encontraron un kepis que resultó ser el del maquinista. Desembarcamos en Liverpool y nos fuimos inmediatamente para Londres.

Busqué mi antigua pensión pero ya Miss Hemnigway se había retirado del negocio, dejándoselo a una sobrina llamada Miss Pround. Don Joaquín andaba, como en Managua, con sombrero de pita y no admitía que lo presentara como de **Managua, pues inmediatamente replicaba: "Es verdad que yo vivo en Managua, pero soy de Granada y mi padre era Español"**. En Londres fuí a buscar a la familia

Cotteall en su antigua residencia de Tottennam y no lo encontré, pues se había cambiado sin saberse a donde se había ido. Estuve en Manchester y en Birmingham. En seguida me fuí a Paris y me hospede con don Joaquín, en una casa de apartamentos cuyo propietario era Monsieur Sée, en el número 40 del Boulevard de Strassbourgh. Estando allí, a don Joaquín se le antojo que lo llevara a Colmar en Alemania, para ver a su amigo Walter C. Riotte, que vivía allí con su madre y con su hermana llamada Anita. Fuimos a Colmar y vistamos a sus amigos. Con nosotros estaban en la casa de huéspedes don Rafael Cabrera y don Ignacio Cardoze.

También estaban en Paris, pero en otra parte, don Isidro Hazera. En la posada donde estábamos no daban más que alojamiento y el desayuno en la mañana. Almorzábamos y comíamos en restaurantes. El almuerzo lo hacíamos generalmente en un restaurante del pasaje Jouffrey, llamado Dinner de Paris. La comida la hacíamos frecuentemente en el Grand Hotel. Por ocho francos nos servían sopa, dos magníficos platos fuertes, postre, frutas y buen vino de discreción. Una vez probé a ver cuántas veces nos cambiaban las garrafa vacía por una llena y después de apurar dos garrafas, deje una a la mitad. Puede usted beber cuanto vino pueda aguantar.

Mis amigos Hazera y Cardoze me invitaron a ir a España y yo acepte muy a mi pesar, porque tenía que dejar a don Joaquín que no hablaba francés. Salimos para Madrid. En cuanto cruce la frontera en Irun, no quería hablar porque me parecía que iba a salir con mi español de Nicaragua, pero cual no sería mi sorpresa cuando oí a unos españoles hablar peor el español que los **nicaragüenses. En las estaciones de transito oímos gritar: "¿Quién quiere agua?".** Agua vendida, por supuesto. Llegamos a Madrid y nos hospedamos en un hotel **aristocrático de la Puerta del Sol, llamado "Hotel de Inglaterra".** Como estábamos en pleno verano, los teatros estaban cerrados por el calor. Preguntamos a los empleados del hotel a donde podríamos ir a pasear y naturalmente nos dijeron que al Prado, magnífico paseo de Madrid, al Museo del Prado, uno de los mejores de Europa; a la plaza de toros y por último a ver al célebre cantante y bailarín **"Perote" y las fieras del Jardín Zoológico. Fuimos a ver a "Perote" y encontramos** que era un muchacho que zapateaba, cantaba y decía chistes. No nos cayó en gracia y nos salimos. Al día siguiente fuimos a ver el Jardín Zoológico; encontramos que no había más que un elefante, un tigre y un león, todos a cual más flaco. Dejamos para lo último, el día de la plaza de toros. Es un circo espacioso en la calle de Alcalá y a la hora anunciada se llenó de bote en bote.

Estaba allí el Rey Alfonso XII y su consorte la austriaca doña María Cristina. No obstante, la gente gritaba y lanzaba las palabras más feas y soeces que yo haya oído en castellano. Por fin salieron los toreros y dieron la vuelta al circo, todos con vestidos especiales muy llamativos y con sus capas rojas; luego los picadores, montados en rocines y caballos que parecían esqueletos, vendados del

lado derecho y los picadores con sus picas y enseguida los banderilleros y por último los matadores con sus espadas afiladas. Las banderillas consistían en unos garfios aguzados en forma punta para arriba, que les impedía salir después de plantados en el lomo del toro con los aplausos de la multitud. La res era un animal corpulento con los cuernos aguzados ex profeso y de la mayor ferocidad. Al primer sorteador que se presentó lo embestía, pero este solo le dio la capa, que se quitó con sus astas, mientras que el sorteador corre a un refugio de madera de los muchos que hay en las barreras del circo; mientras otros sorteadores se llaman la atención con sus capas y sigue la misma cosa.

Luego viene los banderilleros para enfrentarse al toro y con las banderillas en las manos se las plantan en el cogote y se escapan, como pueden. El toro esta furioso con el dolor y la sangre que mana de sus heridas y es entonces que salen los picadores a caballo y con sus picas, el toro se va sobre el primero que se le presenta al lado vendado del caballo, para que este no se defienda. El toro le ensarta su cuerno aguzado en la barriga del caballo y empiezan a salir los intestinos, hasta caer muerto en la arena.

El jinete, como puede, y con ayuda de sorteadores se acerca al refugio. Este espectáculo macabro se repite varias veces con los aplausos del público.

Luego viene el espada o matador. Debe haber sido un matador muy mediocre el que se presentó, pues el primer tiro que le hizo al toro, la espada reboto en el aire, por haber dado en el hueso. El público lo silbó y lo llenó de improperios con palabras soeces, **gritando, "asesino". Volvió el matador y por segunda vez le metió la espada hasta el mango y luego se desplomó el toro.** Sacan el cadáver del circo y después de un rato viene el segundo toro.

Se repitieron todas las escenas sangrientas y repugnantes, pero esta vez el **matador debe haber sido un hombre hábil, quizás el célebre "Lagartijo",** porque el primer tiro, la espada entro entre los dos huesos de la paleta hasta el corazón. El animal se tambaleo y se desplomo con un mugido. El público aplaudió frenético y nosotros, hastiados de este espectáculo, buscamos la salida. Los empleados nos **decían: "Señoritos, ¿y por qué se van...? Quizás no les gusten los asientos... les podemos dar otros...".** Nosotros llenos de horror, les dijimos: **"Este espectáculo es para caníbales y salvajes y no nos podemos quedar".** Llegamos al hotel a pagar nuestra cuenta y nos volvimos a Paris. Allí encontramos a don Joaquín, resentido por que lo habíamos dejado y nos dijo que el habría querido ir a España si lo hubiéramos invitado, con el único objeto de buscar a sus familiares y yo le conteste que en el Museo de El Prado me había encontrado con un ligero carruaje

tirado por dos hermosísimos caballos en el que iba un señor de bastante edad, que yo pregunte quien era ese señor, al parecer tan opulento, y me **contestaron: "Es el Duque de Barcnas uno de los grandes de España".** Don Joaquín quedó muy satisfecho, porque **me dijo: "Ese es mi pariente".**

De vuelta de España, los mismos Hazera y Cardoze me invitaron para ir a Hamburgo. La plaza comercial de Hamburgo había tomado mucho auge, porque ahí se exportaban las manufacturas de Alemania, cada día más creciente e importantes. Los amigos Hazera y Cardoze tenían ya corresponsales en ese gran puerto, pero yo no conocía a nadie. Los artículos que después introduje vía Hamburgo, los había introducido por medio de París y Londres. Llegamos a París a Hamburgo, atravesando Bélgica. Un viaje de un día y medio por ferrocarril. Entonces conocí la hermosísima Catedral de Colonia, aun sin concluirse; templo católico de la más bella arquitectura. Se dice en Alemania que el Demonio prometió que nunca se acabaría de construir y ya tenía entonces 600 años de haberse comenzado. El tren se demora allí el tiempo más que suficiente para conocer la Catedral y la Fábrica de Agua de Colonia de Juan María Fariña. Amanecimos en Hamburgo y como ninguno de nosotros había estado ante en esa ciudad, como pudimos le dijimos a un cochero que nos llevara a un hotel. Por **supuesto que nos llevó al más cercano y este fue el "Hotel Germania", una posada** de cuarta o quinta clase. Yo iba en calidad de explorador comercial, pues no pensaba hacer compras y no tenía corresponsales en Hamburgo. Con mis amigos fui a la casa Frankfurter y Lichermann, en el número 7 Brandeuiete. Yo acompañaba a mis amigos a hacer sus comprar; sus corresponsales hablaban muy bien el español y nos invitaron a comer en sus casas particulares. Cuando nos preguntaban en que hotel estábamos hospedados y le contestábamos que el **"Hotel Germania" nos hacían repetir porque ellos no lo conocían de tan malo que** era. Sin embargo, nosotros no quisimos cambiar de hotel, por el corto tiempo que íbamos a permanecer en Hamburgo. Un día me quede asustado cuando el señor Frankfurter me propuso que hiciera compra con su casa a seis meses de plazo. Yo le contesté que ellos no me conocían y no sabían si les podía pagar o no. Me replico que en mi cara se conocía que era un hombre honrado y que comprara. No me lo hice repetir y compré como diez mil dólares, y toda esa compra me resultó muy buena al volver a Chinandega y realizarla.

Hamburgo es una ciudad linda, tanto el puerto como la parte comercial, así como el sector residencial y el lago artificial que está en frente de los grandes hoteles. Es un lago artificial eterno, surcado por vaporcitos que los llevan al otro lado. A la orilla está el Alster, paseo muy pintoresco. Hay un restaurante de lujo allí mismo, que dentro del agua se llama el Alster Pavillon, muy concurrido y alegre en la noche. El Jardín Zoológico es municipal y uno de los mejores de Europa. El Palacio del Ayuntamiento o sea el Rathaus es un magnifico edificio,

con un restaurante en la parte baja, concurrido por la gente del comercio, porque a pocos pasos está la Bolsa, donde se llevan a cabo muy grandes transacciones. Se abre a la una del día y todos pueden entrar gratis. Solo hay una entrada para el público; es un edificio amplio al que llegan decenas de miles de personas, hombres y mujeres. El que llega después de la una y veinte le tiene que pagar al portero 30 pfennings o sean 30 centavos de marco que son como 7 centavos, pero nadie los quiere pagar, porque al llegar la hora se ve mucha gente corriendo a la calle para evitar el pago.

Todo comerciante tiene señalado su lugar en el gran recinto; así es que uno va directamente a buscar a la persona del comercio con quien quiere hablar. Últimamente ya conocía yo muy bien a la muchedumbre que concurre a la Bolsa. Casi no se oye bulla, porque todo el mundo habla en voz baja. No es como en París que no se soporta la gritería.

Al regresar a París ya no pensamos más que en volver a Nicaragua. Primero se vino Domingo Salinas y en seguida don Isidro Hazera con don Ignacio Cardoze. **Se embarcaron en el vapor "DON" de la Royal Mail, en Sothampton y en medio** océano les azotó una terrible tempestad; por tres días estuvieron a merced de las olas embravecidas y un día el Capitán reunió a los pasajeros en el comedor y les dijo que había hecho todo lo posible por salvarlos, pero que ya no podía más y que probablemente se hundirían de un momento a otro. Sin embargo siguieron el viaje a Colón, de donde me escribió Cardoze, dándome el relato de su triste aventura. Don Joaquín y yo nos embarcamos de regreso en San Nazario en el **vapor "Washington", de la compañía general trasatlántica con rumbo a la Martinica** y Colón. Un poco de marejada hubo en el golfo de Gasuña, pero sin más novedad. Llegamos a Tort de France, en la Martinica y una porción de negros en largas filas cargaron carbón para el vapor. Otros negritos nadaban a la orilla del barco y cuando les tirábamos una moneda, aunque fuera de cobre, se zambullían en el mar hasta encontrarla. Se pasaban de un costado a otro del vapor, por debajo de la quilla y nos hicieron otras piruetas, como tirarse de cabeza desde la baranda de la cubierta, con tal que le diéramos monedas de plata. Con nosotros iba también don Pánfilo Lacayo, de León, el papá de doña Eulogia, de don Arturo y de la señorita Guisela.

El negocio tuvo éxito. La mercadería que compre se vendió bien. El amigo Dellatorrent me altero los precios y los descuentos que yo había tenido cuidado

de anotar, hablando directamente con los fabricantes. Desde luego que Dellatorrent hablaba francés, pero le hice un reclamo de más de dos mil francos, que fue prontamente atendido sin chistar; tal era su deseo de seguir ordeñando la vaquita lechera.

Seguimos prosperando, hasta que a fines de 1882, resolví separarme y realizar mis negocios comerciales de modo personal. Compré \$ 1.600 pesos la pequeña casa que fué de don Julio Bahlke, contigua a la de mi mamá por el occidente y a la de mi hermana María, que era residencia antigua de mis padres, **donde yo había nacido y que era propiedad entonces de "Emilio Flomeck y Compañía", residentes en León y habitada por don Carlos Hollmann, padres de los Hollmann de San Juan del Sur.**

Mi primer plan fue modernizarla. Solo tiene 22 varas de frente y había que utilizarlo todo. Mandé derribar las paredes divisorias, dejando el zaguán separado por una reja de madera y mandé a construir un estante y mostrador, y cuando **todo estuvo listo, me retiré de la sociedad "Callejas & Callejas" y me establecí por mi propia cuenta, conservando las amistades que tenía en Europa y Estados Unidos.** El capital que obtuve a la disolución de la compañía fué de 24,000 pesos, porque el cambio no estaba más del 105 por ciento. Hice mis disparates, pero en general prospere. No me había enamorado de nadie desde mi paseo a el salvador y una vez estando de negocios en corinto, me encontré en casa de don Pedro Brenes con doña María Rivas de Mayorga, esposa de mi padrino de confirmación, don Cleto Mayorga. Con ella estaba su inteligente hija de quince años, Narcisa. La señora estaba muy enferma y temperaba en corinto. Platique con ambas y las invite para pasar una temporadita en Chinandega a mediados de 1882. Yo había traído de Nueva York, en compañía de mi amigo, don francisco Morazán hijo, un carrujito muy bonito y sólido. En Chinandega le compre a don **Ramón J. Sarria un tronco de caballos tordillos, muy hermosos, llamados por "El Gobernador" y "El Burro".**

Todas las tardes sacaba yo a doña María y a Narcisa a pasear en coche por los barrios de Chinandega y fue así que fui comprendiendo que aquella niña, que aun no tenía 16 años era una joya de gran valor por su talento y su virtud y me prende de ella.

Yo también no le caí mal y pronto nos entendimos y concertamos el matrimonio, con el beneplácito de nuestros padres. Fue entonces que ambas decidieron volverse a león. Yo las fui a dejar en el tren hasta Posoltega, estación

final entonces del ferrocarril a Quezalguaque, a cinco millas de León y yo me veía **siempre con un auriga apodado "El Coronel"**.

La primera carta que le escribí a Narcisa fue incluida en un sobre para su mamá. Me contestó inmediatamente, diciéndome que su mamá se le había entregado, sin leerla. Esto me autorizó para dirigir mis cartas directamente a Narcisa. En León me hospedada en casa de Luis Villa, hermano de mi amigo Niche, que vivía en la casa contigua, al Oriente de las niñas Zúñigas, enfrente de don Francisco Baca que era anteriormente de doña Juana Ocampo.

Nos cuidaban en el hotel de don Pancho Murcia, un español muy popular que vivió y murió en León. Pasaron unos meses de ese idilio, desorito con amargura y sarcasmo por nuestro gran poeta Rubén Darío, en una composición **poética llamada "Un Moderno Idilio", y publicada en uno de sus libros.**

Un día recibí en Chinandega un telegrama concebido en estos términos: "Mi mamá se muere. Ya no habla. Vente". Inmediatamente tomé el tren para León, llegué a la casa y tomándome de la mano, me dijo Narcisa: "Ven a verla". Yo hice de tripas corazón, porque me impresionó mucho ver a un moribundo querido. La señora ya no hablaba; estaba en sus últimos momentos. María Cruz me informó que su mamá había dispuesto que nos casáramos luego, sin esperar la conclusión del duelo.

Esa misma noche murió doña María. A la Sarita, hermana mayor de Narcisa, le dio esa noche el primer ataque epiléptico, mal que me continuó hasta la muerte, Narcisa y yo nos conformamos con las disposiciones de su mamá. Era el 5 de Enero de 1883 y el matrimonio se fijó para el 4 de Febrero siguiente. La señorita Mercedes Ramírez me confeccionó el ajuar de bodas y nos casamos a las cinco de la mañana del día señalado, en la capilla de la Catedral de León, oficiando el cura, señor Presbítero con Esteban Torres. Padrinos de la boda fueron don Fulgencio Mayorga y don Ángel Navarro y madrinas, doña Mercedes Salinas de Zepeda, madre de Máximo Zepeda y mi cuñada María Cruz Mayorga.

Fué la boda más triste que se haya realizado. Convine con Narcisa que la dejaría en su casa durante algunos días y que después nos iríamos a Chinandega.

Lo cumplimos al pie de la letra y nos fuimos a Chinandega, instalándonos en la casa de mi mamá, en el mismo cuarto de media-agua que ocupó ella con su mamá.

Mi hermana Tulita se había casado poco antes con Francisco Morazán hijo y también vivían en casa de los padres de este. Al poco tiempo, después de mi matrimonio, tuve uno de los mayores dolores que he tenido en la vida: mi hermana Tulita se trasladó a casa de mi mamá, tuvo un niño y murió varios días después a causa del alumbramiento.

Ya antes había tenido otros pesares, de la misma índole, aunque no tan vehementes: la muerte de mi padre en 1867, que no me impresionó tanto, porque apenas tenía 9 años y la muerte de mi padrino don José Sansón, en 1879. La muerte de mi hermana Tulita fué un golpe rudo, porque yo la quería entrañablemente.

En este estado voy a tener que retroceder al año de 1878, antes de mi viaje por El Salvador, para relatar un episodio de mi vida que se me había escapado.

En ese año pedí a Europa una cajita o costurero enchapado en concha nácar, con una placa y una inscripción, con el objeto de regalárselo a una amiga mía el día de su cumpleaños. Me llegó lindísima, pero ya no me servía para el objeto al que yo la destinaba y a la única persona a quien podía regalársela era a mi hermana Tulita y así lo hice. Ella dedicó ese costurero para guardar sus alhajas, y cuando ella murió, Francisco Morazán hijo, mi amigo y cuñado, se la mandó tal como estaba con todas las alhajas y con una tarjetita, a mi esposa Narcisa, diciéndole que solo ella podía ser la digna heredera de esta linda caja con todas las alhajas, entre las que figuraban muchas de brillantes y una cadena de oro macizo de diez y ocho kilates, ya pasada de moda.

Narcisa la aceptó y la guardó. La mayor parte de las alhajas se destruyeron en el incendio de Chinandega el año de 1927.

Después de la muerte de Narcisa yo había repartido esas prendas y aún creo que mi hija Elisita tiene todavía una de ellas.

Nuestra primera niña vino al mundo muerta, el 29 de octubre de 1883. Aunque nació sin vida la bautizamos con el nombre de Narcisa, pues ese día era de San Narciso y era mucha coincidencia que trajera el nombre de su mamá.

Mi madre doña Gertrudis, impresionada con la muerte de su hija Tulita, a quien la habían enseñado el cadáver de su hijita, no quiso que Narcisa viera a su niña muerta sino que mandó a solicitar de María de Jesús Amaya, hermana de su vendedora Juana Benita Amaya, que le prestara a su niña recién nacida, llamada Margarita, muchachita blanca y muy hermosa y se la llevó a Narcisa diciéndole que era su hija y a fe que muy bien la engaño.

Recuerdo muy bien que Narcisa, me tildaba de desamorado porque no le mostraba a mi hija todo el cariño de un padre amoroso. Cuando la tenía en su regazo, Narcisa me agarraba la cabeza y me hacía besar a la niña. Yo sufría indeciblemente al figurarme el dolor que sentiría ella el día en que necesariamente tendría que ser desengañada.

Yo procuré poquito a poco hacerla entrar en sospechas hasta que, a los 17 días, y cuando sus sospechas habían llegado a su colmo, yo mismo le dije la verdad. Su dolor y su llanto fueron muy grandes. Devolvimos a la niña que aún vive en Managua con su hermano José Benito Ramírez y tiene ahora 57 años de edad.

Para consolar a Narcisa le ofrecí que le llevaría a Rivas a visitar a su tía y madrina doña Teodora Elizondo, viuda de don Domingo Rivas Muñoz, hermano de doña María y casada en segundas nupcias con don Antonio Auberón, francés de origen.

Doña Teodora fue mujer muy hermosa y muy inteligente y como era madrina de Narcisa a mí me llamaba su ahijado. Nos fuimos vía Corinto a San Juan del Sur y de allí a caballo a Rivera. Allí obtuve y conservé muchas amistades: don Antonio Auberón, don Filadelfo Gallegos, don Rosendo López, don José Chamorro, don Isaac Vidaurre, don Hipólito y don Manuel Torres. Dejé a Narcisa en Rivas con su mamá Teodora y yo regresé a Chinandega, por San Jorge y Granada. Narcisa regresó después, vía San Juan del Sur y Corinto, a donde fué a encontrarla. Con

ella vino a servirme de dependiente con su primo llamado Patricio Rivas. Este viaje le hicimos a principio de 1884. Yo había acariciado la idea, desde que estaba soltero, de ir con mi esposa a los Estados Unidos y Europa y ahora pensé llevarlo a cabo. Todo dependía de que Narcisa se resolviera a viajar con economía. Ella aceptó gustosa y nos dispusimos a emprender el viaje.

Abordamos en Corinto el vapor "Honduras" y desembarcamos en Panamá.

En ese tiempo estaba el furor de la construcción del Canal por los franceses, encabezados por Fernando de Lessepe. Había gran bullicio en Panamá y nos hospedamos en un hotel cerca de la Plaza de Santa Ana, llamado Hotel Intercontinental. Bien o mal pasamos unos días y nos embarcamos para Nueva York en el vapor "City of Pará", de la Pacific Mail. Con nosotros iba un señor alemán, cuyo nombre no recuerdo ahora, también con su señora, una guatemalteca, iba también el Capitán Phelps, que era Ministro Americano en Centroamérica. Narcisa les cayó bien a todos los pasajeros, entre los cuales se contaban también unos amigos de Rivas llamados Rosendo López, Manuel Torres e Isaac Vidaurre. Yo llevaba al Colegio a mi hermano Rafael que había vuelto de Guatemala. Como mi esposa nunca se mareó, el Capitán Phelps la tomo del brazo para enseñarle la entrada al puerto de Nueva York le iba mostrando los grandes edificios que ya en esa época se destacaban desde la había, entre ellos la gran Estatua de la Libertad.

Cuando atracamos al muelle nos resolvimos ir con los amigos nicas y los de Guatemala, a un hotel enteramente americano llamado Stuyvesant House, en Broadway. Me dediqué a enseñarle a Narcisa las bellezas de Nueva York. A ella le gustó más que toda la Catedral Católica que queda en la Quinta Avenida y la Calle 50, edificio de mármol y de granito con dos torres altísimas, que costó más de dos millones de dólares y que es el mejor templo de las dos Américas; los ferrocarriles elevados; el Puente de Brooklin; el Parque Central y Coney Island. Este paseo en una isla y se va por ferrocarril o por vapor. Hay muchas diversiones y puede uno tomar billetes para disfrutar de todas. Las hay para ver fenómenos naturales, como enanos de no más de una vara de alto; mujeres y hombres tan gordos que pesaban seiscientas libras; mujeres con largas barbas, que bien pueden ser hombres disfrazados fácilmente de mujer; mujeres con pelo que les arrastra, etc.

Hay una diversión, tonta si se quiere, pero que hace reír: hacen pasar a un grupo de mujeres por cierto lugar en el que se puede hacer salir un gran chiflón

de aire, y, al pasar se les levanta la ropa y allí son los apuros y la risa; hay Montañas Rusas, que consisten en dejar ir sobre un círculo de rieles calculado para bajar en pendiente muy acentuada y volver a subir por su propio impulso hasta volver al punto de partida.

Hay un bote que se desliza en una pendiente hasta caer al agua a pegar varios saltos sobre ella; hay un ferrocarril para novios, en el que casa carro consiste en dos asientos únicos, que se hace pasar por un túnel oscuro durante un cuarto de minuto; aparte de los baños de mar, donde se bañan al mismo tiempo hasta cien mil personas; hay muchos restaurantes y música gratis.

Se calcula hoy en día que a Coney Island llegan el domingo hasta quinientas mil personas.

Nos embarcamos todos en el vapor de la Línea Guión, en Nueva York, **llamado "Arizona", que nos llevó a Liverpool** en ocho días y de allí nos fuimos a Londres, hospedándonos en un hotel francés del West End. Fuimos a visitar a nuestros **corresponsales, los señores "Isaac & Samuel" y después dispusimos ir a** la ópera del Convent Garden, una de las mejores del mundo y en la que solo se canta en italiano. Tomé asientos bastante caros para Narcisa y para mí y fue entonces que me informaron que a esos asientos solo podían asistir señoras con vestido de noche y caballeros de frac. Ella tenía para suplirse su vestido de boda reformado, pero yo me había casado con levita traslapada y no tenía con que suplir el frac. Mandé a hacer un vestido de ceremonia en una buena sastrería de la ciudad y me ofrecieron entregarlo la noche que debíamos asistir a la ópera. Mi traje no llegó y para no perder nuestros billetes resolvimos presentarnos como mejor pudiéramos en la entrada de la Opera.

Yo iba muy orondo con mi levita traslapada y ella con su vestido reformado.

El empleado de la puerta nos miró de pies a cabeza y me dijo: "Lo que es la señora, puede pasar, pero usted no puede". "¿Por qué, le repliqué?" y él me contestó: "Porque no trae el vestido de ordenanza".

Yo protesté. Fueron a buscar a un empleado superior y este, viendo que **éramos extranjeros, me dijo: "Porque usted es extranjero y no puede dejar sola**

a su señora, les voy a dejar pasar, pero a condición de que usted no debe levantarse **de su asiento hasta el final**".

Así fue que pude entrar a la Opera de Londres.

A la vuelta a nuestro hotel, encontré en mi cuarto el nuevo vestido de frac. En esa misma ocasión nos invitó con Benjamín Isaac, el más viejo de los socios **de la casa "Isaac & Samuel", para comer en un restaurante chic llamado "Criterion"**.

Nos preparamos, ya con un vestido nuevo de saco que me habían hecho los mismos sastres que me hicieron el frac y a las seis de la tarde nos pudimos en la ventana del salón de recibo en el primer piso, a espiar a don Benjamín. Al poco tiempo lo vimos que venía por la calle, vestido de rigurosa etiqueta, con monóculo **y guantes. Al verlo, le dije a Narcisa: "Quédate para recibir a don Benjamín, mientras yo subo al cuarto a ponerme el frac"**. Entonces supe que es de rigor en Inglaterra, cuando se come con señoras, vestirse de frac. Los maridos de la aristocracia se ponen de frac hasta en su propia casa, para comer con sus señoras.

Después de hacer estado en Manchester, en donde hice cuantiosas compras, siendo agente Mr. Campbell, nos volvimos a Londres. En Manchester me encontré con dos Jorge Lacayo, bastante pobres, pero que ya tenía una familia.

Nos fuimos con todos los compañeros rivenses a París y nos hospedamos en el Hotel Me. Lafolie, en la calle Lafayette y de allí nos trasladamos al Hotel du Palais en el que había estado en 1875. Al permanecer en Londres, seguí buscando a la familia Cotteall, cuya pista había perdido en 1881 cuando hice mi segundo viaje a Europa. Una rara casualidad me hizo dar con ella. Una vez, andando solo en el bullicio de la City, en medio de la gente que presurosa camina en las calles comerciales tan concurridas, un señor de avanzada edad con luenga barba me reconoció en medio de los millares de transeúntes: era el relojero Mr. David Glasgow que vivía con su familia en el número 20 de Middleton Square, casa de por medio de Mrs. Hemingway. Nos paramos a platicar y después de un rato, me dice: **"¿No ha visto a aquellos grandes amigos que tenía usted; la familia Cotteal"** o "No, Mister Glasgow, le contesté. Se me han perdido y no he podido encontrarlos". **"Pues yo lo puedo poner sobre la pista, me dijo. Se donde trabaja aquí en la City, el Capitán Cotteal"** y me dio su dirección, cerca de donde estábamos. Fui a buscar al viejo Capitán de Milicia, retirado y así fue como supe

donde vivían. Voy a decir ahora, que cuando era estudiante en 1871-1875, mi amiga Fanny me molestaba preguntándome que si era verdad que nosotros los católicos nos arrodillábamos a los pies de otro hombre, para contarle todas **nuestras fechorías y yo le contestaba nuestras culpas. Ella me decía: "Pero qué barbaridad lo que hacen. Cómo se rebajan, cómo arrastran su dignidad"**.

Hago esta digresión porque pienso referirme a ella en otro párrafo.

En la tarde del mismo día que me encontré con Mister Glasgow y que visité y obtuve del Capitán Cotteal la dirección de su familia en Lackheath, barrio apartado de Londres, me fui para allá a visitar a esos antiguos y buenos amigos. No encontré más que a la señora vieja y a dos de sus hijas: Maty y Ethel.

Esta última había desarrollado en una belleza. Todas me recibieron con alegría. Les conté como había estado otra vez en Londres en 1881 y no había podido encontrarlas; de cómo estaba allí en Londres con mi esposa, y ellas me contaron de su vida y la muerte de su hermano Willy. En el curso de la **conversación, me dijo Katy: "¿Sabe que su amiga Fanny se hizo católica? "No le dije. Esa es broma; no lo creo. Ella se burlaba de mi porque me confesaba". "Pues ahora es ella la que se confiesa", agregó. "No puede ser, dije entonces, ustedes me están engañando"**.

Pues si no lo quiere creer, me replicó Katty, venga conmigo a su cuarto, en el primer piso y cuando lo haya visto me dirá si lo que le estoy contando es mentira.

Dicho y hecho, me abrió el cuarto de Fanny y en las paredes estaba la Corte Celestial en estampas: el Crucifijo, la Virgen María, San José, el retrato del Papá, **etcétera. "Y ahora qué dice, me dijo", "Pues ahora sí lo creo", le contesté. Me explicó la forma en que a Fanny la habían contratado para dar clase de inglés en un colegio de monjas en Bélgica; que allí vio con sus propios ojos la vida ejemplar que llevaban esas monjas; de cómo se habían encariñado con la superiora, hasta dejar el Protestantismo y abrazar el Catolicismo... diciéndome luego: "Ya va a ver**

cuando venga mi papá, que le va a traer hoy mismo, una langosta o un pescado **para su cena”**.

A poco llagó Fanny y me lo ratificó todo. Estaba radiante de felicidad de haberse hecho católica; solamente sentía no haber podido conquistar a su mamá y a su hermano. Pero un día, cuando yo volví a verlos ya en compañía de Narcisa, y cuando logramos estar solos, Fanny me contó en confianza la anécdota siguiente: Sus padres, viendo que se acercaba el fin de Willy le propusieron traerle un sacerdote protestante para que lo prepara, lo que Willy rehusó categóricamente. Al siguiente día sus padres insistieron y él volvió a rehusar con más fortaleza. Después Fanny; logrando un momento oportuno, le dijo: **“Willy: has rehusado por dos veces y con firmeza, recibir al Sacerdote Protestante. Por ventura no será que quieres que te traiga yo a un sacerdote católico?. Sí, le contestó él; “eso es lo que quiero, anda, corre y tráemelo” y Fanny se fue corriendo a su Iglesia y trajo al Cura que recibió la abjuración de Willy y lo bautizó bajo condición.**

Pocos días después, Willy moría bendiciendo a Dios, con tranquilidad y alegría por haber muerto en la fe de su hermana Fanny.

Narcisa les cayó muy bien y aunque no fuera enteramente cierto, no se **cansaban de decirme: “Qué mujer tan bonita...” qué bonita la mujer que había yo escogido.** El Capitán, que era el hombre más terco que yo había conocido, la chinchineaba y la llevaba al jardín y sorprendía a su misma esposa e hijas por sus finezas con Narcisa. Volvimos para regresar vía Southampton-Colón-Corinto.

Por una casualidad nos tocó el mismo vapor “Pará” en que había regresado en 1875. Además de los amigos rivenses regresaban en el mismo vapor Benjamín Barillas y otros granadinos. El itinerario era el mismo: Barbados, Kingston, Colón. **No hubo ninguna novedad en el viaje y en Panamá tomamos el vapor “San José”.** Con nosotros llegaba al país, procedente de Curacao, Benjamín Cardoze, muy joven aún.

Él me contó que su hermano no se llamaba Ignacio sino Isaac, como buen judío que era. En Panamá encontré cartas de Nicaragua, anunciándome el matrimonio de mi suegro don Cleto con su cuñada Mercedes Rivas, hermana natural de su primera esposa doña María. No quise darle la noticia a Narcisa sino hasta que estuviéramos en San Juan del Sur. Esto amargó el regreso. Don Cleto

fue a recibir a Narcisa a Corinto y su primer saludo a su padre fue muy frío. Enseguida todo pasó y volvió a renacer el cariño filial.

Ya venía en ciernes nuestra segunda hija, que nació el 9 de Abril de 1885 y se llamó María Gertrudis, en recuerdo de mi madre y de mi hermana muerta. Cuando regresamos de Europa, pensamos tomar casa aparte y alquilamos la siguiente en la primera calle poniente, perteneciente a doña Elisa Aguilar, viuda del doctor Alejo Mayorga. Allí nació mi Tulita con toda felicidad.

El 11 de Octubre de ese año ocurrió el primer terremoto que había presenciado en mi vida. Las paredes de todas las casas de adobe quedaron cuarteadas; la de don José López se vino al suelo. Esto ocurrió como a las nueve de la noche. Nosotros nos fuimos a pasar la noche, con nuestra tierna niña a la casa esquinera de don Domingo Rivas, que era de taquezal. Después nos pasamos a la casa esquinera de don Andrés Novoa, hoy de Alberto López.

A principios de ese año, el General Justo Rufino Barrios emitió un decreto declarando la Unión de Centro América bajo su protección, asumiendo él la Presidencia de la Nación. Pareciera que el gobernante de El Salvador, doctor Rafael Zaldívar estaba de acuerdo, pero el pueblo salvadoreño no aceptó el Decreto y se aprestó a la guerra. Tampoco la aceptaron Costa Rica y Nicaragua. Solo Honduras se conformó, siendo su Presidente el General Luis Bográn. Llegó un ejército costarricense y aliado al de Nicaragua, se situaron en Namasigüe, para esperar.

Los ejércitos de Guatemala y El Salvador chocaron en Chalchuapa el dos de Abril, Jueves Santo y cuando una bala desperdigada alcanzó al General Barrios, montado en su corcel y lo derribó muerto, su ejército se retiró dando por terminada la contienda.

El Octubre de ese año y después del terremoto del once, estando Narcisa y yo durmiendo tranquilamente en la casa esquinera de don Andrés Novoa, me llegaron a capturar de orden del Presidente, los señores General Manuel Rivas y Coronel Daniel Bonilla y conmigo a don Juan de Dios Guerra, don Federico Navarro, don Julio Reyes y don Apolinario Sotomayor. Por gestiones de don Donoso Gasteazoro, nos encerraron en la casa esquinera de este, frente al

Cabildo. Ambos edificios estaban con las paredes cuarteadas y desplomadas. En el Cabildo encerraron a otros de menor cuantía. Allí tuvimos que dormir varias noches a riesgo de ser aplastados. Don Donoso nos facilitó una botella de cognac fino y un naipe, pero ambas cosas nos las mandó a quitar don José María. A los dos días nos despacharon a Managua vía Momotombo, en donde debíamos pasar la noche. Dormimos en la estación del ferrocarril, en el suelo. A las cinco de la mañana del día siguiente nos hicieron **tomar el vaporcito "Isabel" para Managua**, con la escolta que nos custodiaba, comandada por el oficial José María Martínez, **alias "Cotón Eterno"**, **llegando a Managua a las diez de la mañana**, siendo conducidos entre los soldados de la escolta a pie, hasta el Cabildo. De ahí nos mandó a llevar a su presencia el Prefecto don Francisco de Ríos Avilés para interrogarnos; nos recibió cortésmente y nos dijo que quedábamos libres con la ciudad por cárcel.

El motivo de nuestra prisión fue haber aparecido en Somotillo una columna de revolucionarios, encabezados por don Mariano Salazar y otros, que se corrieron al acercarse las fuerzas del Gobierno, comandadas por el General Manuel Rivas que había salido de Chinandega.

A los tres días de estar presos, nos pusieron en libertad y pedimos regresar a nuestros hogares, pero la persecución sistemática de Gasteazoro continuó y fue entonces que decidí trasladarme a León, con un pequeño establecimiento.

Ocupé la casa que habita hoy el doctor Arístides Buitrago y la tienda la tuve en la pieza que ocupa ahora con su establecimiento don Ricardo Duarte. Enfrente había una tienda de don Leopoldo Balladares Carcache. Esto sucedió en 1886 y el 15 de Marzo nació en esta ciudad mi hijo Santiago, sietemesino. Yo no esperada ese acontecimiento y me había ido de paseo a El Manzano, pero me cogió la noche **del 15 y me quedé a dormir en la hacienda "El Censo", propiedad de mis tías Sansón**. Esa misma noche me alcanzó un correo de Chinandega, José Rivas, alias **"Pepena", carretonero que aún anda aquí en León**. Me regresé inmediatamente y el 16 estaba de vuelta con un niño más.

Nos quedamos hasta el fin del año, porque Gasteazoro se puso furioso **conmigo, porque hice insertar diariamente en "El Independiente", de Granada**, cuyo propietario era mi cuñado Romás Mayorga Rivas, el siguiente aviso:

VEINTE MILLAS EN

CHINANDEGA

No pudiendo vivir en la tierra que me vio nacer, por las persecuciones de que soy objeto, he trasladado mi establecimiento de comercio a esta ciudad de León, en donde ofrezco un variado surtido a los premios más bajos.i

Por fin nos volvimos a Chinandega, en donde había dejado mi negocio en poder de mi sobrino Francisco Reyes C., que me lo manejó muy bien, pues ya daba señales evidentes de ser un gran financiero. De vuelta en Chinandega tomamos en alquiler una parte de la casa de los herederos de don Mariano Montealegre, pegada a donde vivió antes don Marcelino López. Allí nació Narciso, cuatro años, día por día, después que nació mi primera hija o sea el 29 de Octubre de 1887.

Yo le dije inmediatamente a Narcisa: esta coincidencia de que nos nazca otro hijo el día de San Narciso, quiere decir que le tenemos que poner Narciso por **fuerza. "Sí, me dijo ella, aunque no me gusta el nombre porque es muy feo,** le pondremos Narciso Daniel. Así se llamó nuestro tercer hijo. En Junio de 1888 hice viaje a Europa con mis amigos Adán Sáenz y Salvador Ximénez y mi cuñado con Francisco Baca. Nos **embarcamos en Corinto en el vapor "Colina".** Con nosotros iban don Gustavo Guzmán, don Rafael Salinas, doña Chepa Mayorga de Jacoby y mis sobrinos Alberto y Ricardo López, y un señor Planas, Hondureño.

En Colón encontramos que el vapor que nos debía llevar a Nueva York era **un tal "Colorado", viejo y malo. Sin embargo, hicimos de tripas corazón y nos resolvimos a seguir el viaje.** Gustavo Guzmán nos contaba cuentos por las tardes y nos divertía con sus chistes. Hubo un caso fatal de fiebre amarilla a bordo y escapamos de ir a la cuarentena en Nueva York; pero sí nos examinaron, poniéndonos un termómetro dentro de la boca. Nos volvimos a alojar en el **"Stuyvesant House" y salimos para Europa en el vapor francés "La Gascogne".**

La comida del vapor era espléndida y nos daban vino a discreción, pero ni siquiera parecido al que tomábamos en París, en el Grand Hotel, en la comida concierto. Ocho días después llegamos al Havre y seguimos para París.

Inmediatamente escribí a La Maison de Melle, para que me recibieran que inmerecidamente él era ahora el Superior del Colegio y que podía llevarlos cuando quisiera.

Así fué y los amigos Sáenz y Jiménez nos acompañaron hasta encerrarlos **en Melle. Cuando traspasábamos el portón del Colegio, exclamó Ricardo: "Te fuiste, Marcelino". Yo me fui a Bruselas y me hospedé, como siempre, en el Hotel de la Poste, Calle Tossaux Louis.** Este era un hotel muy bueno pero muy caro, propiedad de un señor Tillmans, padre de un compañero de colegio y en el cual se hospedaban todos los melistas, y en el que teníamos especiales consideraciones. Allí dormí y en la mañana fui sorprendido con la llegada de un **criado con una tarjeta en una bandeja. La tarjeta rezaba así: "Si usted es mi antiguo compañero de colegio, le ruego bajar inmediatamente porque voy para Holanda. WILLEM WILLEMS".**

Yo le contesté recordándolo perfectamente como uno de los compañeros flamencos que habían estado conmigo en Melle, pero que no había sido su gran **amigo. "Si, yo soy. Bajaré enseguida". Cuando bajé al salón de recibo me** abrazó con efusión. Me preguntó que andaba haciendo. Le contesté que había dejado en la Maison de Melle a dos sobrinos míos. Entonces me dijo que ya no iría a Holanda, que nos volveríamos a Melle para conocer a Alberto y a Ricardo; que allí estaba su hermano Gjislain y que desde ese día se encargaría de mis sobrinos y los haría llegar a pasar las vacaciones con su familia en el pueblo de Eccleo. ¿Y qué mejor?.

Los sobrinos gozaron lo que yo no gocé de la vida de familia durante las vacaciones. Nos fuimos ese mismo día a Melle; le presenté a Alberto y a Ricardo y desde entonces esa familia ha sido la amiga mía más íntima que hemos tenido en Europa. Me volví a París.

En 1884 hice relaciones con la "Casa R. Samper & Compañía", casa colombiana y más que todo de don Federico Hirtz, su comprador y dependiente principal. Era un comprador insigne, de un gusto refinado, que es lo que se necesita en París. Pero en este año de 1888 lo encontramos establecido por su cuenta en el número 8 de la Calle Enghien. Allí nos fuimos todos, dejando a Samper y fuimos amigos íntimos hasta la muerte de don Federico en 1914; siendo entonces yo su apoderado general en Nicaragua.

Nos fuimos todos para Hamburgo, hospedándonos en el Hotel Hamburgo Hof, frente al Alster. Mucho gozamos en Hamburgo. Se nos enfermó Ximénez y así

tuvimos que irnos a Inglaterra. Vía Cuxahven y un puerto inglés, de donde cruzamos para Manchester. De allí, de regreso de París, pasando por Birmingham y Londres. Estábamos hospedados en el Hotel Cusset, Calle Richelien, que da al Boulevard Montmartre.

Don Francisco Baca, mi cuñado, se había ido a que le hicieran una ligera operación que le practicó el doctor Guyon, eminente cirujano que no le cobró ni un centavo, por ser colega. Nos encontramos en París con el doctor Adán Cárdenas, que había sido Presidente de Nicaragua cuando estuve preso. Tanto con don Francisco Baca, como conmigo, se reconcilió en París. Nos dijo que desde allá se veía muy pequeñita nuestra política lugareña y que a todo lo acontecido anteriormente deberíamos echar un velo; que nos invitaba a comer juntos y después iríamos a un teatro del Barrio Latino.

Todo se llevó a cabo. Nosotros le correspondimos con creces y nos despedimos de él, en la mayor cordialidad y armonía, pero cuando hicimos nuestro regreso y me encontré con él en Managua, fingió no reconocermelo y ni siquiera me dijo adiós.

Sáenz y yo, que estábamos ávidos de conocer el mundo, resolvimos hacer un viajecito a Suiza, el Jardín de Europa. Salimos de París, rumbo a Ginebra. Esta ciudad a orillas del Ródano, es un centro activo del calvinismo. Recorrimos la ciudad y salimos para Lausanne. La comida de los hoteles suizos, aunque no tan buena como la francesa, es bastante buena. En el desayuno acostumbraban mucho, poner miel de palo. De esta ciudad, que como Ginebra es de habla francesa, salimos para Tribourgh que es de habla alemana, pero una ciudad muy católica. Escuchábamos una audición de órgano en la Catedral y al siguiente día salimos para un lugar en el corazón de los altos picos. Todo el escenario suizo se revela allí en todo su esplendor: el Mont Blanc y el Matrhorn, se veían a la distancia majestuosos, y sus cimas blancas por la nieve. Tomamos un guía y dispusimos salir a pie a una altura pequeña llamada Murren, armados de bordones largos, con puntas aceradas y mangos de cuernos de cabra. A las seis de la mañana hicimos la salida. Hacía calor pero poco a poco fuimos sintiendo frío encontrando luego copos de nieve. Regresamos a almorzar al hotel. Al día siguiente dispusimos ir a una **montaña más elevada que se llama "Scheinege Platté". Salimos a la misma hora, con el guía y con nuestros cayados.** Subimos como dos horas sin parar y empezamos a ver como escupidas de nieve; un poco

más arriba de la montaña, la nieve nos llegaba a las rodillas. Estábamos muy cansados, pero el guía nos decía que si nos parábamos a descansar tomaríamos un seguro resfriado. Ayudados por él, llegamos hasta la cumbre, donde hay un hotel bien calentado. Encontramos unas turistas inglesas o americanas. El amigo Sáenz se dejó ir sobre una mesa, como desmayado. Las turistas que estaban tomando vino me ofrecieron un vaso lleno, que lo reanimó. Les rendí las gracias y les correspondieron otra botella. Pedimos un beefsteak cada uno, que resultó muy rico, deshaciéndose de suave, pero como del tamaño de una moneda de a peso. Lo comimos en dos bocados. Yo supongo que esa carne tendría su mes de estar allí y por eso estaba tan manida.

Pedimos un segundo beefsteak y la cuenta. Cada uno valía tres francos y ocho francos cada botella de vino. Animados por la comidita, nos regresamos en la mitad de tiempo que habíamos gastado en subir. De allí nos fuimos a Berna, la capital, que no tiene nada que ver y luego a Neuchatel, en la frontera de Francia, para regresar a París que era nuestro cuartel general.

Dispusimos el regreso, vía Nueva York, en pleno Octubre, cuando el mar está **más agitado y nos embarcamos en el vapor "La Bretagne", en el Havre.** El día siguiente, después de haber salido, vimos a la tripulación amarrando gruesos mecates, como para agarrarse durante la tempestad. Nos acordábamos de que hacía poco se había perdido **el vapor "La Bourgogne", de la misma compañía, con todos los pasajeros y la tripulación en medio océano.** Pero no pasó desastre alguno por el mal tiempo. Llegamos a Nueva York ocho días después. Allí encontramos a don Daniel Lacayo, a quien le habían amputado una pierna y regresaba al país trayendo a un joven doctor canadiense que aún vive en **Managua: el doctor Graham. Nos embarcamos en el vapor "Colón", de la Pacific Mail, malo y viejo.**

Durante todo el viaje, don Daniel nos venía diciendo que nos íbamos a hundir; que él había a la tripulación bombeando agua de las bodegas durante la noche y que solo porque no había puerto donde desembarcar no se quedaba. Sin embargo, llegamos a Colón, Panamá y tomamos pasaje a Corinto en el vapor **"Glyde". ¡Este sí que era un vapor viejo y malo!**

En el año de 1889 mi hermano Juan fue a Europa a dejar a su hijo Juancito en el colegio de la Maison de Melle. Visitó en Eccloo a la familia Williams, que tuvo un cariño especial para Juancito. En este año tuvo lugar la gran Exposición

París, en que inauguraron el Palacio del Trocadero y la Torre Eiffel, de tres pisos y 300 metros de altura: una verdadera maravilla de ingeniería.

En 1890, el 23 de Febrero, vino al mundo mi quinto hijo que se llamó Ernesto Florencio, por haber nacido el día en que la Iglesia Católica celebra ese santo. Ese mismo año emprendí mi quinto viaje a Europa.

Me fui con mi amigo Adán Sáenz y yo llevaba recomendados a Augusto Gasteazoro, Mariano Montealegre Seydel, Mariano Montealegre Gasteazoro y Juan Rafael Guerra. Todos fueron a Melle, aunque no tardaron mucho tiempo en ese establecimiento porque era muy insurrectos. Salí de Nicaragua con una enfermedad a mi juicio de la piel. El doctor don Toribio Tijerino, después de haberme examinado la piel con un lente, **me dijo: "Esto es sarna. Hay que embadurnarte con unguento mercurial doble y bañarte en seguida". Pero de nada me sirvió hacerme esa untura porque llegué a Europa con la misma picazón.**

En París era Ministro de Nicaragua el doctor Francisco Medina, quien fué muy atento y amable con nosotros. Un día nos convidó a almorzar en un buen hotel de los Campos Elíseos, y habiéndole contado allí de la enfermedad que tanto **me molestaba, me dijo: "Eso puede ser peligroso. Voy a llevarlo donde un doctor eminentísimo, donde el doctor Dieulafoy". Al oír este nombre tan conocido por el mundo, le dije: "Pero don Francisco, este doctor me va a pedir un capital por verme" y él me replicó: "No tenga cuidado. Es un gran amigo mío y voy a arreglar al entrevista".**

En efecto, me anunció para adentro de unos tres días una consulta especial, fuera de las horas de oficina con el doctor Dieulafoy.

Llegamos juntos a su casa, lujosamente amueblada; me hizo pasar a su clínica para examinarme. El doctor estaba vestido de levita traslapada, impecable y me saludó con afabilidad. Me examinó y después de haberle explicado la picazón **que sentía, me dijo: "Eso no es nada. No vale la pena darle medicina. No es más que urticaria. Con mi diagnostico escrito le voy a dar una recomendación para un doctor de Vichi; se ha a ir allá y dentro de quince días de tratamiento en las aguas de Vichi, estará curado".**

- Gracias doctor. ¿Cuánto le debo?
- Cuarenta francos, me dijo, y nos despedimos.

Sáenz y yo no perdimos el tiempo; nos fuimos a Vichi y tomamos un buen hotel, de los 300 y pico que hay en ese balneario de aguas minerales. Nos instalamos y lo primero que nos aconsejaron fue que nos abonáramos como miembros del casino. Así lo hicimos. Pagamos 200 francos por semana y teníamos derecho a entrar y salir del casino cuantas veces quisiéramos; de sentarnos en las sillas públicas del parque sin pagar; de oír allí los conciertos de banda; de usar el papel y las cubiertas del salón de lectura en la cantidad que quisiéramos; de usar de la servidumbre para lo que se nos ofreciese; de ir diariamente al teatro, presenciar y oír la representación, etc.

Luego fui a visitar al doctor a quien iba recomendado, pero sin darle la carta del doctor Dieulafoy, ni el diagnóstico. Le conté el malestar que padecía y sin vacilar me dijo: **“Va a tomar las aguas bajo mi dirección y de aquí a quince días estará bueno y sano”.**

Me recetó lo siguiente: “Cómprase un vaso de beber, graduado, de los que se encuentren en cualquier parte. Tómese a las ocho de la mañana un cuarto de vaso, en la fuente “La Grande Grille” y otro cuarto de vaso, a las cuatro de la tarde en la fuente “El Hospital”. A las once vaya al establecimiento termal y pida un baño con una libra de almidón. Se está sumergido hasta el cuello durante veinte minutos y vuelva a verme cuando usted lo quiera. Muy oportunamente ha venido usted que habla el francés para que me traduzca una carta que he recibido de España y que no entiendo”.

Me volví al hotel a almorzar y a las cuatro fuí a la fuente “El Hospital”. Era un recinto cerrado por rejas de hierro; en el interior brotaba la fuente de agua y de ella uno recibía lo que pedía. Me pasaron de vuelta mi vaso y aquí fueron las caras: era un agua turbia, muy tibia y hedionda, pero aún así me tomé la cuarta parte del vaso. A la mañana siguiente era el turno de La Grande Grille y el baño. Por el baño pagué tres francos. Fuimos al teatro en la noche. En la comida nos encontramos en el hotel con una familia española y otra rusa que estaban tomando las aguas. Los rusos se persignaban antes de los tiempos, pero la cruz la hacían de derecha a izquierda. Fui a los tres días donde el doctor, con la carta traducida y le dije que estaba lo mismo. Me recomendó paciencia y que aumentara la dosis a medio vaso. Hay una fuente en Vichi, además de las apuntadas,

especialmente una fuente intermitente, de la que brota el agua a las diez de la mañana y se va casi inmediatamente, para volver a la misma hora al día siguiente. Puede ser que tengan una llave que abran y cierren para que la fuente abastezca o se pare; el caso es que me impresiona la regularidad con que la fuente viene y se va. Volví a ver al doctor después de tres días y me contó que tenía una paciente de Guatemala, atacada de erisipela, que era esposa de un señor Zapata. Cabalmente yo había conocido a esa señora en París, en casa del señor Hirtz y le **dije que la quería ir a ver. "Cuidado hace eso, me dijo el doctor: es una enfermedad muy peligrosa y contagiosa".**

El doctor me elevó la dosis de agua a tres cuartos de vaso y así me la fué elevando hasta tomarme un vaso entero. Ya no me repugnaba tanto como al principio. A los quince días de estar en Vichi me fui a despedir del doctor y a decirle que seguía lo mismo. Me contestó que ya vería; que ocho días después de estar en París ya estaría bueno; pero que jamás volviera a comer pescado y fresas y que no podría tomar licor nunca en lo sucesivo. Efectivamente, ocho días después de estar en París estaba bueno y sano. No he dejado de tomar tragos, ni he dejado de comer pescado y fresas. De vuelta a París pensamos en el regreso **a Nicaragua, tomando en el Havre el vapor "La Gascogne" para Nueva York.**

Por ese tiempo y por la muerte inesperada del Presidente de la República, don Evaristo Carazo, lo sucedió el doctor Roberto Sacasa, designado a la Presidencia de la República, siendo el primero que salió de la urna, de los tres que el Congreso había nominado. La designación de tan ilustre como honorable ciudadano no cayó bien en Granada. Trabajaron porque el Ministro de Gobernación, doctor David Osorno diera un golpe de estado para eliminar al doctor Sacasa, pero nada consiguieron entonces en el Salón del Congreso, jurando ante el Crucifijo y el Libro de los Evangelios, cumplir fielmente con la Constitución y las leyes. Pero ya llevaba sus Ministros leoneses que, antes que liberales eran occidentales. Estos fueron, don Fulgencio Mayorga, Ministro de Hacienda; Dr. Modesto Barrios, Ministro de Gobernación; don J. Francisco Medina, Ministro de Fomento y Ministro de Relaciones Exteriores, don Benjamín Guerra, de Managua.

Los señores de Granada se fueron a la oposición y desde ese entonces los diarios de esa ciudad vomitaron improperios contra el gobernante, quien se mantuvo impertérrito en la senda del deber. Desgraciadamente el gobernante

echó brazos del Partido Conservador de Managua, que los conservadores **apodaron “Los Piches” y que en la hora suprema no lo acuerparon como debieron.**

Don Simeón Romero, oriundo de Chinandega, de raza autóctona, de clara visión, tenía una casa esquinera frente a don Pedro P. Prado, de cien varas de frente, con cincuenta varas construidas de adobe y cincuenta de taquezal, cayéndose y en muy mal estado. Esta casa había pasado a poder de sus hijos Isidro y Leonardo. Yo atisbaba el momento oportuno para hacerme de esa propiedad, que estaba situada en un punto que sería con el tiempo el más comercial.

Una tarde, recién vuelto a Europa, llegó a mi casa Domingo Rivas, mi primo y me dijo: **“Dicen los Romero que si les facilitas hoy mismo cuatro mil pesos plata, mañana te otorgan escritura de venta de la casa por diez mil pesos.** Conmovido le dije que por una casualidad tenía en mi casa cuatro mil pesos. Tómalos y lleváse los, le dije. Al día siguiente yo era dueño de la casa grande esquinera, que construida y reconstruida por mí, queda ahora frente a las ruinas de Ricardo López.

Eché abajo la casita de taquezal vieja y di comienzo a la construcción de la elegante casa moderna, que es ahora orgullo de Chinandega.

En el año de 1891, contrajo matrimonio mi gentil cuñada Francisca, con el señor Rafael Bermúdez, sobrino carnal del General Máximo Jerez.

El año de 1892 me trajo tristezas y uno de los golpes más rudos de mi vida. Ese año fuí a la feria de El Sauce, con tienda de mercaderías. Por un instinto que Dios puso en mí ser, decido volver por la vía de Villanueva que había llevado de Chinandega. Resolví venirme a León sin objeto alguno y guiado por una mano suprema que dirige todas nuestras acciones. Llegué a León bien montado y me fuí directamente a casa de mis cuñadas María Cruz y Victoria, quienes me informaron que Narcisa estaba en León porque mi Tulita estaba con calentura en casa de Rafael Bermúdez. Para allá me fuí y desensillé el caballo. Me informaron que no era gran cosa: una simple calenturita y que la asistía el doctor Abraham Marín. En la mañana, registrando las paredes del cuarto encontré una estampa **religiosa con una leyenda en francés, que traducida al español decía: “Valor. El dolor para el bienestar queda; por un momento de dolor una eternidad de dicha”.**

- Mira, le dije a Narcisa. La niña se nos muere. Dios nos excita a sufrir el dolor con resignación y nos ofrece a cambio una eternidad de dicha. Todos trataron de desimpresionarme porque, francamente aquello no era más que una superstición. Abraham Marín me dijo que le rompiera el, título si la niña se moría. Pero yo busqué en consulta a Luis Debayle; al viejo doctor Leocadio Juárez, suegro ahora del doctor A. Castellón, al doctor Desiderio Pallais. Todos convinieron en que no había peligro. Intranquilo pasé muchos días. El estado de la niña era el mismo y ya habían pasado los primeros quince días. Vino mi cuñado don Francisco Baca, justamente el día que yo me había ido a Chinandega y cuando regresó me dijo: **“La Tulita está gravísima. Le puse una luz en los ojos y no se reflejó. Lo que tiene es meningitis”. Ya se pueden imaginar mi desolación. Busqué en consulta a Julio Castro, mi concuño; los otros médicos se retiraron, menos el doctor Pallais. Yo me les arrodillé para que volvieran y al fin volvieron. En casa se llenó de amigos, hasta que, después de 28 días de lucha, la niña se murió, en medio de la consternación de toda la ciudad.**

El día 14 de Febrero, Narcisa dio a luz otra niñita, que parecía que iba a ser nuestro consuelo. Le pusimos otra vez María Gertrudis; tenía un semblante triste, quizá por el estado de ánimo de sus padres, cuando nació. Por ese tiempo llegó al país mi amigo Willem Willems. Mi hermano Juan lo recibió con agasajos; yo le ofrecí que fuera padrino de pila de mi hijita recién nacida. Así fué, pero desgraciadamente cuando yo comenzaba a cicatrizar la herid cruel de la muerte de nuestra Tulita, de siete años, una bronquitis capital nos arrebató a la otra Tulita en el mismo mes de Febrero de 1893.

En el año de 1893 tuvieron lugar sucesos muy trascendentales de nuestra historia. Las carceladas de Gasteazoro habían hecho hervir mi sangre; yo no era político, pero tampoco un hombre desprovisto de dignidad. Me afilié al Partido Liberal sin que se menguaran en un ápice mis creencias católicas; pero al estallar la revolución contra el doctor Sacasa aumentaron mis actividades políticas.

El doctor Sacasa fue siempre afiliado al Partido Conservador y sin embargo, sus copartidarios de Granada lo atacaron despiadadamente por la prensa y por fin lo traicionaron. Compraron al Gobernador Militar de Granada, en donde había algunos elementos de guerra y este les entregó el cuartel el 28 de Abril de 1893.

Encabezaban la rebelión los generales Joaquín Zavala y Montiel. Se unieron a Masaya y tomaron la ciudad sin disparar un tiro. El Prefecto de Masaya, don Alberto Tiffer, se había retirado a la fortaleza del Coyotepe. El General don José Santos Zelaya, militar que había adquirido grandes prestigios en El Salvador, peleando al lado del General Francisco Meléndez y que era a la sazón el Jefe del Partido Liberal de Nicaragua, dicen que le ofreció sus servicios y los de sus pocos partidarios al doctor Sacasa, quien los rehusó por desconfianza y quizá con justa razón. Entonces Zelaya resolvió irse al campo contrario y una noche salió furtivamente para Masaya, con sus parciales, don Aurelio Estrada, don Francisco Guerrero Managua, don Félix Pedro Zelaya y otros. Los conservadores, que ya pensaban desocupar la plaza de Masaya, los recibieron con entusiasmo y alegría; la presencia de Zelaya y sus partidarios los reanimó varios conservadores como el general José María Hurtado, se cambiaron la divisa verde por la roja, con la **leyenda: "Viva el General Zelaya"**.

El doctor Sacasa preparó un ejército compuesto de leoneses y managüenses, al mando de los generales Murillo, Duarte y Hernández, que le **habían sido leales y presentó batalla a las tropas orientales en "La Barranca"**. Pelearon con denuedo, pero todo fue en vano. El ejército, sin causa alguna, se retiró y fué entonces que el doctor Sacasa, como verdadero cristiano y patriota, ofreció la paz.

Yo estaba en Managua y entonces me fuí con los Comisionados que fueron a firmar el Pacto de Sabanagrande. Este pacto comprendía la renuncia del doctor Sacasa y el establecimiento de un Gobierno de cuatro, que eran por parte de Sacasa, don Salvador Machado, y don Fernando Sánchez; y por parte de la Revolución, don Miguel Vigil y un señor del Castillo.

Yo aproveché ese viaje para irme a Masaya, con el objeto principal de platicar con Zelaya y estimularlo para que no perdiera esa oportunidad que se le **presentaba para atrapar el poder. Zelaya vivía en el "Hotel Azcárate" y doña Josefina**, la propietaria, no sólo me facilitó la oportunidad de hablar con Zelaya, sino que me puso de inmediato a dormir al propio cuarto del General.

Allí conferenciamos en el silencio de la noche, y Zelaya me comunicó lo siguiente: que tenía muchos amigos entre los jefes conservadores; que había conseguido que el general Agatón Solórzano fuera Gobernador Militar de **Managua, y el Coronel Francisco Uriarte, alias "Bartolito", Gobernador de Policía**; que aunque Solórzano era conservador, era su amigo; que en León sería

Gobernador Militar, el Coronel Anastasio J. Ortiz; Gobernador de Policía, Benito Chavarría y Mayor de Plaza, Paulino Godoy; que yo sería el Prefecto de Chinandega y que así tendríamos el mando en occidente.

El Presidente de puesto, Doctor don Roberto Sacasa, salió para el exilio voluntario y desembarcó en San Francisco de California, traicionado en Nicaragua, pero limpio en su conciencia. Allá lo esperaba su hijo Juan Bautista y después de abrazarlo, le dijo:

- Papá, le tengo listo un apartamento en un hotel de primera clase de Market Street, la mejor calle de la ciudad.

A eso contestó el doctor:

- No. Me conformaré con un hotel de segunda o tercera categoría, porque mis recursos no me permiten gastar el lujo de un ex-presidente.

Los nombramientos se hicieron. Las autoridades de León tomaron posesión. Solo a mí no me quiso entregar el Prefecto saliente, don Samuel Montealegre. Este funcionario, que fué el que dejó el doctor Sacasa cuando cayó del poder, ha de haber tenido instrucciones del Gobierno para retardar mi toma de posesión, mientras se había ciertas evoluciones políticas. Es indudable que los conservadores se dieron cuenta que con Ortiz, Godoy y Chavarría en León y yo en Chinandega, nos podríamos levantar en armas en cualquier momento. Fue entonces que idearon mandar a situarse en Chinandega una fuerza para amenazar a León, en caso necesario, que de nada les serviría si estaba a mis órdenes. Le ordenaron pues a Montealegre que levantara una compañía de chinandeganos y pusieron a la cabeza de esta fuerza, al General Narciso Talavera, que aunque había sido Gobernador Militar de Managua en tiempo del doctor Sacasa, era sin embargo, el militar más honrado y leal. Yo quedé así nulificado y entonces rehusé tomar posesión y así se lo comuniqué al General Zelaya, poniendo mi renuncia ante el Ministro de Gobernación. Zelaya me ordenó que tomara posesión y así se hizo. Desde aquel momento yo ya no era un empleado del Gobierno, sino un partidario de Zelaya colocado por él en ese puesto. Nombré como Secretario a mi primo Gabriel Rivas.

El 11 de Julio de 1893, en el tren de la mañana llegó de León, enviado por Ortiz y Godoy, a mi despacho, don Toribio Terán, emisario de confianza, a comunicarse que las autoridades de León se habían levantado en armas, y que viera que podía hacer yo en Chinandega. Haber hecho eso sin darme aviso previo, me disgustó mucho. Talavera tenía la plaza. Yo mandaba solamente en el Cuartel de Policía, gracias a que había cambiado al Oficial de Guardia. Mi hermano David era el Gobernador de Policía. Nombré al Teniente Roberto González como mi ayudante y lo dí a reconocer. El 11 de Julio de 1893 no llegó a Chinandega el tren de la tarde. Solo yo me di cuenta. Esa noche fui al cuartel e Talavera y di orden para que el oficial Morazán saliera a reclutar, porque me habían pedido reclutas de Corinto. Le ordené que no volviera hasta la tarde de la mañana siguiente; sin embargo, regresó en la noche.

Mi intención era dejar correr los acontecimientos e irme a El Salvador por la vía de El Tempisque. A media noche ensillé mi caballo y me fuí a convidar a mi amigo José María Batres, alias **"Cumiche", para que se fuera conmigo, a lo cual** sucedió gustoso. A El Tempisque llegamos en la mañana e inmediatamente ordené que se alistara el bote grande para salir, pero la marea estaba vaciando y no había agua. Había que esperar. Mientras tanto, llegó un correo enviado por Francisco Morazán H., con el relato de lo sucedido: Talavera había sido atacado por Ortiz. Su gente se dispersó y al querer huir, fue alcanzado por una bala que salió de las ventanas del Hospital y herido, fué hecho prisionero. El Oficial Morazán fué muerto, lo mismo que la niña Rosita Mosquera.

Ortiz nombró a don Manuel Balladares nuevo Prefecto de Chinandega. Así las cosas, supe que el Gobierno Revolucionario en León se había organizado de la manera siguiente: Una junta de Gobierno, compuesta por los señores don Pedro Balladares, don Domingo Salinas y don Francisco Baca hijo; Ministro de la Gobernación y de Relaciones Exteriores, doctor Modesto Barrios; de Hacienda, don Leonardo Lacayo; de Fomento, don José Dolores Gámez, y de Guerra, yo.

Don Domingo Salinas no aceptó y se fue a El Salvador con mi hermano Juan, ambos convencidos de que la Revolución sería un fracaso.

Sub-Secretarios fueron, de Hacienda, don Francisco Castro; de Fomento, don Joaquín Sansón; de Gobernación y Relaciones de Guerra, Dr. Gabriel Rivas; Prefecto de León, doctor José Madriz; Gobernador Militar, General Pedro Cortés y General en Jefe, Anastasio J. Ortiz.

La casa de Gobierno era la que ocupa actualmente el Almacén de Bunge, perteneciente ahora a doña Francisca D. viuda de Zamora.

El General J. Santos Zelaya abandonó Managua, con cuatro valientes entre los que se encontraban: Aurelio Estrada, José Dolores Gámez, Andrés Murillo y Mariano Guerra. Salió una columna para Momotombo, en donde estaba anclado el vapor **“Progreso”**, que fue capturado junto con su capitán y tripulación. También fueron capturados los vaporcitos **“Amalia”** e **“Isabel”** que estaban atracados al muelle. Enseguida y ya armado, Salió el **“Progreso”**, para hacer creer al vapor **“Angela”** que venía y que iba haciendo su viaje ordinario, pero así que pasó el **“Angela”**, se volvió y lo capturó junto con su capitán. Tenía la Revolución dos vapores grandes y dos chicos en el Lago de Managua. Solo le quedaba al gobierno el vapor **“Managua”**, con el capitán Tooth. El Cuartel General se trasladó a Momotombo y se nombró Comandante del Puerto al General Prado.

En Chinandega habíamos muy poco de ideas liberales. Puedo asegurar que en religión, todos éramos católicos. No obstante, Chinandega contribuyó con su contingencia de hombres para sostener la Revolución. Vinieron tres cuerpos de ejército al mando de los Coroneles Julio Reyes, Sebastián Chamorro y Daniel Bonilla y marcharon con los leoneses a Momotombo. Ortiz comandó la flota y Zelaya el Ejército. Marcharon sobre Mateare donde estaba el General Hipólito Saballos hijo, con fuerte contingente atrincherado en el pueblo; pero había descuidado las alturas que fueron ocupadas por el General Silvestre Herradora. Nuestras tropas desalojaron fácilmente a Saballos de Mateare y tomaron el pueblo.

Saballos huyó a Motastepe y el Gobierno destacó tropas sobre La Cuesta de Managua. El tercer día, Zelaya dio la Batalla de La Cuesta, en la que nuestras tropas se cubrieron de gloria, entrando a Managua el 25 de Julio.

Yo recibí un telegrama de Joaquín Sansón el 25, en que me decía: **“Anoche, después de gloriosísima batalla, nuestras tropas entraron a la capital, en el mayor orden, dando garantías a todo el mundo el mundo”. Efectivamente, nadie se dio cuenta cuando entró el ejército a Managua, tal fué el orden y compostura con que**

entró y se acuarteló. La última etapa de la batalla de La Cuesta, la dieron un puñado de 300 hombres que yo envié a última hora de León, al mando del General **Joaquín Gutiérrez, alias "Chocoyito"**. Este entró a sangre y fuego, cuando ya el enemigo comenzaba a flaquear.

El Gobierno revolucionario se trasladó a Managua el 27. Yo ví a don Pedro Balladares ostentar la cinta roja en el sombrero. Ya Quirino Ecalón amagaba a Granada y lo mismo hacía el General Aurelio Estrada por el lado de Jinotepe. Viendo los granadinos que no podían resistir el empuje de nuestras tropas por estar completamente desmoralizados, enviaron parlamentarios a la cabeza de ellos el doctor Isidro López, tío carnal de Zelaya y firmaron la capitulación de Granada. Con esto concluyó la Revolución que apenas duró quince días.

Yo, como Ministro de la Guerra, no tenía ni la más remota idea del arte de la guerra y renuncié a esa cartera, que solo había aceptado por honor. Me sustituyó el General Ortiz y me retiré a trabajar en mi negocio de Chinandega. Tuve algunas polémicas con el General Ortiz, porque arbitrariamente mandó a Corn Island a Alfredo Gallegos. Madriz y yo amenazamos con poner nuestras renuncias, si no se hacía volver a Gallegos de San Juan del Norte y triunfamos, porque el mismo General Ortiz dio orden de que regresara Gallegos.

El año de 1894, hice mi sexto viaje a Europa.

En ese año el Gobierno mandó a Europa al General don Rubén Alonso, para que comprara un armamento. Alonso no hablaba ni inglés, ni francés. Aproveché la oportunidad de irse conmigo y yo representé un gran papel en ese viaje. En el vapor que tomamos, iba al destierro el General Carlos Ezeta, ex-presidente de El Salvador y aunque el régimen de Nicaragua había contribuido a su caída, pronto **se hizo amigo de nosotros. Tomamos en Colón el vapor "Newport" a Nueva York,** y como Ezeta no hablaba inglés, también le serví varias veces de intérprete. Al llegar a Nueva York, los reporteros de los periódicos llegaron a bordo y entre las preguntas que le hicieron estaba la de si era cierto que se llevaba varios millones robados al Gobierno Salvadoreño.

Como Rubén Alonso no hablaba inglés, tuvo que acompañarlo y alojarme en el Hotel América: puro español y malo en alto grado.

Nos embarcamos en Nueva York en el vapor “New York”, línea americana. Llegamos a París. Yo introduje al General Alonso a la casa F. Ortiz y esta se puso al habla con una casa que había comprado rifles viejos del ejército francés y esos compró a crédito, dando en garantías bonos de exportación de café. Nos pusimos al habla con nuestros amigos de Bélgica, los señores Willems y se dejó venir Willem a París. Escribimos a Krupp, al gran fabricante de cañones en Alemania, quien destacó inmediatamente un capitán del ejército alemán, que hablaba francés. La casa Willem ofreció garantizar la tercera parte del valor de los cañones que íbamos a comprar; la casa Octling Gebruder garantizar otra tercera parte y yo garanticé la otra tercera parte.

El general Alonso nos entregaría bonos de exportación de café de 1895 y yo me encargaría de venderlos para todos en Nicaragua. Hechos los arreglos financieros en Hamburgo, nos volvimos a la fábrica Krupp, en Essen. Nos alojamos en el hotel Essener Hof, donde teníamos todo gratis; allí nos recibieron como a príncipes. Pudimos ver cómo se fabricaban los cañones y toda clase de elementos de guerra; también como fabricaban rieles para ferrocarriles. Todos los días eran banquetes con vino y champagne.

Compramos seis cañones de 1 ½ y según parece, todos quedamos satisfechos. Yo ganaría el 5 por ciento de comisión en la venta de bonos y según pude ver, fue el que menos ganó en esta transacción. Yo realicé los bonos al llegar a Nicaragua y rendí cuentas exactas al Tribunal de Cuenta. No embarcamos de **regreso en el hermoso vapor “Lucania”. En Nueva York en el “Colombia” y en Panamá en el “San Juan”.**

Poco después de nuestra llegada al país, el General Zelaya que había descartado al General Ortiz injustamente, formó un Ministerio General con don Francisco Baca a la cabeza. No duró mucho tiempo, pero el Tesoro Nacional fue manejado con mucha honradez. El nuevo gabinete se formó así: Rubén Alonso, Ministro de la Guerra y Fomento; Francisco Balladares Terán, Ministro de Gobernación; Manuel Coronel Matus, Ministro de Relaciones e Instrucción Pública y yo, Ministro de Hacienda. Puedo asegurar que se continuó la política de honradez administrativa. Cuando instigado por algunos elementos nocivos Zelaya quería desviarse, supimos traerlo de nuevo al buen camino, pues su modo natural, aunque despótico, era fácil de enderezarse.

Sucedió una vez que un señor chileno llamado Carlos del Río, introdujo por la Aduana de Corinto una gran cantidad de cajas de cognac. Se llegó el plazo de pagar los derechos de aduana y no teniendo dinero, me solicitó que le prorrogase el plazo. Yo le contesté que eso era contra la ley; que viera si el Tesorero General lo quería esperar buenamente, porque sino, tendría que pagar irremisiblemente. Era Tesorero General, don Perfecto de Trinidad, hombre honrado a carta cabal y observador escrupuloso de las leyes. Del Río hizo su petición y fue rechazada. Entonces acudió al Presidente Zelaya que incontinenti accedió y en las horas de la tarde mandó a decirme con el Secretario Privado que le prorrogues el plazo al señor del Río. Esto llegó triunfante a mi despacho junto con al Secretario, quien **me comunicó la orden presidencial y yo le contesté: "Dígale al Señor Presidente que este asunto fué tratado en mi despacho hoy en horas de la mañana; que le resolví negativamente y que me es imposible reconsiderarlo". Era de verse la cara de furor y la mirada de amenaza que me lanzó del Río.**

Yo me puse a escribir mi renuncia porque me parecía que el Presidente me iba reiterar la orden, pero cual no sería mi sorpresa cuando entre de nuevo al **despacho el Secretario Privado y me dijo: "Dice el Presidente que él no sabía que este asunto ya había sido tratado y resultó negativamente; que siendo así, queda resuelto negativamente". Esto es una prueba de que sabiéndole llegar al General Zelaya, era muy accesible.**

Hay varios episodios más del Ministerio de Hacienda, pero solo relataré los más interesantes.

Por ese tiempo tuvo lugar la Reincorporación de la Mosquitia; un golpe de mano audaz que los conservadores jamás se había atrevido a dar y en verdad, que pareció de graves consecuencias. La Reserva Mosquitia es un vasto territorio, habitado por indios moscos primitivos, pero había caído bajo el protectorado de Inglaterra, con un Rey muñeco, pero gobernando efectivamente por unos negros jamaquinos, que lo explotaban a su antojo. Nicaragua solo tenía un Comisario sin ningún papel efectivo. Todas las rentas iban a parar a manos de los jamaquinos. Tan luego tomó posesión el General Zelaya, nombró Comisario a don Carlos Alberto Lacayo y como Jefe Expedicionario al General Rigoberto Cabezas. Este era un hombre muy inteligente y muy audaz. Con motivo de la guerra de Honduras hubo necesidad de mandar fuerzas a Bluefields; los negros se quisieron levantar, pero Cabezas les sentó la mano; depuso al Rey Mosco, mandó a echar a la cárcel al Cónsul Inglés y a otros extranjeros partidarios de los jamaquinos y proclamó

la Reincorporación del Territorio Mosco a la República de Nicaragua. El Rey y el Cónsul Inglés fueron deportados a Jamaica y fue entonces que se habló de un **supuesto telegrama de Zelaya para Cabezas, que decía: "Ocupe militarmente Bluefields. Deponga al Rey y déjeme las consecuencias"**. Este supuesto telegrama le restaba gloria a Cabezas y hacía aparecer a Zelaya como el verdadero Reincorporador de la Mosquitia.

En una ocasión, el Gerente del Banco, muy conservador, señor A. M. Bayan, pensó que presentándose en la Tesorería General con una cantidad fuerte de Billetes del Tesoro, poniendo su cambio por plata, no íbamos a poder efectuar el cambio y esto sería un gran descrédito para la Administración Liberal. En efecto, se presentó con treinta mil pesos billetes, pidiendo que se los cambiaran por plata. Don Perfecto de Trinidad, afligidísimo, llegó **a consultarme al Ministerio: "¿Por qué se aflige?" le dije.**

- Cámbielos inmediatamente abriendo de par en par la Caja Monstruo y dele a contar primero, todo lo que tenga en plata menuda.

Abrió de par en par la Gran Caja de Hierro y empezó a sacar costalitos de **plata. Al caer la tarde, Bayan había contado la mitad y le dijo a don Perfecto: "Ya no cambio el resto" y fue con sus billetes.**

Después de la Reincorporación de la Mosquitia, el Gobierno Inglés no se atrevió a alegar dominio sobre aquel territorio, pero se nos presentó un reclamo de treinta mil libras esterlinas, por la prisión del Cónsul y de otros súbditos **ingleses. Apoyó su reclamo con un buque de guerra, llamado "Royal Arthur" y desembarcó tropas en Corinto, al mando del Coronel French.** Nosotros rehusamos pagar bajo la presión de buques de guerra, e hicimos el simulacro de levantar tropas para resistir, pero intervino el Gobierno de El Salvador y de acuerdo con nosotros les pagó el reclamo a los ingleses.

Yo excité al patriotismo de los nicaragüenses, para que le pagáramos al Gobierno de El Salvador. Levanté un empréstito entre liberales y conservadores, que se cubrió más allá de la cantidad requerida y dí en cambio un bono

privilegiado, pagadero en parte de los derechos de Aduana y Nicaragua salió airosa de este conflicto.

Hubo otros incidentes de menor cuantía, como cuando los amigos liberales querían dar seis mil pesos del Tesoro Público al correligionario Francisco Torres, **alias "Malacate", que estaba en suma pobreza y había prestado grandes servicios al Partido. Cuando pidieron la anuencia a Zelaya, este contestó: "Pero, ¿quién conquista Santiaguito?"**.

En otra ocasión, cuando Zelaya vendió su hacienda de café "El Chalé" y no se la habían pagado, fué a la Tesorería a solicitar de don Perfecto de Trinidad treinta mil pesos prestados, mientras le pagaban el valor de la hacienda. Don Perfecto se los prestó y corrió a contármelo al Ministerio. Yo le dije: "Al Estado poco le importa eso, porque usted es el responsable". Don Perfecto se puso muy afligido, pero Zelaya le devolvió el dinero tan luego le pagaron.

La Costa Atlántica quedó desorganizada después de la Reincorporación. Zelaya me habló para que yo fuera a poner orden, porque los Gobernadores se habían erigido en Reyes y no observaban la ley, ni respetaban los dineros colectados y había además varios reclamos de casas extranjeras. Yo acepté gustoso, con tal de llevar todos los poderes del Gobierno. Así fue, pero no me dieron un centavo para emprender el viaje. Tomé trescientos pesos plata de mi caja y emprendí el viaje con un ayudante. Tomamos en Granada el Vapor Victoria y llegamos a San Carlos. Visité las oficinas y seguí en uno de los vapores del Río San Juan, hasta El Castillo. Eran a la sazón, Administrador de Aduanas don Leopoldo Wassmer; Contador Vista don Rafael Paniagua y Comandante del Puerto Juan Estrada. Pasamos una noche de jolgorio y nos embarcamos en la mañana en **el vapor "Hollebeck". En la tarde llegamos a San Juan del Norte.** Era comandante el General Andrés Rivas; me hospedé en la Comandancia. Fui a conocer lo que quedada de Ciudad América. No había cura. Me visitó el Pastor Protestante. **A los tres días salí en la tarde en el vapor "Carazo" para Bluefields, a donde llegamos en la mañana.** Ya me esperaban en el Bluff, el Gobernador, General Juan Pablo Reyes y el Sub-Intendente don Francisco Torres. Cruzamos la bahía de Bluefields y nos hospedamos en el hermoso Palacio de Gobierno, construido por el General Carlos A. Lacayo. Debo confesar que fui recibido por las autoridades y por la colonia extranjera, con la mayor cordialidad y empecé a trabajar en mi misión.

La Costa solamente pagaba entonces un 10% sobre el valor de la factura y el comercio se empeñaba en que así se dejara. Los comerciantes, Mr. Well, Mr.

Soringer, Mr. Spellmann y otros se coaligaron, pero el Gobernador, General Juan P. Reyes me acuerpó. Dí una ley duplicando los derechos de importación, pero no sobre la factura original, sino sobre el arancel que todos pagaban en Corinto, San Juan del Sur y El Castillo.

Spellmann, el representante de la Casa Emery, me formuló un reclamo por servicios prestados por uno de sus vapores en la guerra de Honduras, por \$11,000. Yo le formulé un contra reclamo por no haber pagado ciertos derechos de corte de madera y por no haber repuesto, según su contrato, las matas de cedro cortadas y el valor de este contra reclamo era de más de \$14,000. En ese estado me sorprendió Mr. Spellmann, proponiéndome pagar el saldo de lo que yo le reclamaba a la Casa Emery, es decir la diferencia entre lo que él reclamaba y lo que yo le reclamaba, como \$3,000, con tal de que no hubiese más reclamos. Me hice el rogado, pero acepté, ordenándole a la Tesorería de Bluefields que recibiese ese dinero. El hablar inglés y francés me facilitó mucho la misión, porque le echaba discursos en las tres lenguas. A los varios días de estar el Bluefields, resolví visitar en compañía del Gobernador, los otros puntos de la Costa: Río Grande, Prinzapolka, Wua Wua River y Cabo Gracias. Salimos en un vapor de la Compañía Emery. En Río Grande subimos hasta La Cruz y noté que en todos los caseríos, los niños Mosquitos andaban vestidos. En Wua Wua River después de navegar un trecho largo en el río, se entra en un lago el que se atraviesa para seguir navegando en el río hasta la máquina de aserrar. Aquí desembarcamos para visitar a los dueños o a sus representantes. En este lugar los márgenes del río están cubiertos de pinares, no obstante hacer mucho calor. Me sirvieron un almuerzo al que asistieron los dueños y después de tomar sopa y un plato más, me sirvieron una carne blanca y **les dije que no sabía comer tortuga. “Pero señor, me replicaron, aquí no se come cosa más que tortuga. La sopa, ese otro plato que a usted le pareció gallina desmenuzada, y este, aunque parece beeksteak, son todos tortuga”.**

Después del almuerzo entramos en lo bosque. Ellos cortaban y aserraban grandes cantidades de árboles de pino para exportarlos. Yo les pregunté que con qué autorización estaban cortando en los bosques nacionales; me contestaron que estaban cortando y exportando en virtud de una concesión del Gobierno Mosco. Les repliqué que ya no existía el Gobierno Mosco y que en lo sucesivo, tendrían que pagar \$3.00 por cada mil pies de pino que exportaran.

No me dijeron ni si, ni no. Pero yo dí orden de no dejar salir ningún cargamento, si no pagaban y que, además, debían ir a Bluefields como puerto autorizado, para zarpar de allí para Nueva York.

Salimos para el Cabo de Gracias. Era Gobernador de la Comarca el Coronel Juan Herradora y médico, el doctor Granera.

Había cundido, la noticia de que yo llegaba y el lugar se llenó de indios mosquitos y zambos, todos de aspecto asqueroso y repugnante; hablaban un dialecto infernal, pero yo había llevado un intérprete. Averigüé que lo querían eran reales y mandé que les dieran un peso plata, a cada uno, porque eran muchísimos. Me denunciaron a un negro que tenía una escuela en la que se **cantaba el "Dios salve a la Reina", y que enseñaba** a sus discípulos que todo aquel territorio era de Inglaterra. Le mandé a decir con el Gobernador Herradora, que si volvía a **cantar en su escuela "God save the Queen" lo mandaría** inmediatamente a la cárcel. No se volvió a cantar el himno inglés y volvimos directamente a Bluefields.

Se dieron las leyes de Aduana, tanto de importación como de exportación. Estas leyes fueron bien **acogidas y fueron conocidas como la "Ley Callejas",** por las cuales suspiraban los costeños después de que Zelaya les alzó los derechos y trajo la decadencia a la Mosquitia.

Regresamos a San Juan del Norte, allí compre una hermosa muñeca para mi Tulita y el Gobernador me regalo caja de vino tinto. Al llegar a El Castillo, el Contador Vista, don Rafael Paniagua, a cuya honradez acrisolada ya me he referido en otro lugar, hizo el registro de mi equipaje en la Aduana y cual no sería mi sorpresa cuando me dijo:

- Vamos a hacer una policita para esa muñeca que trae usted en su equipaje.
- Muy bien ! , le repliqué.

Estaba encantado de un gesto que quizá no se ha visto otra vez en esa Aduana.

La póliza cancelada la conservé hasta que la devoró el incendio de 1927.

De vuelta a Managua, presenté mi informe al Gobierno. En la Costa todos quedaron satisfechos de mi actuación, pero en Managua encontré un ambiente de malestar que fué creciendo día a día. Atizaban la discordia en Managua, el Dr. Luciano Gómez y don José D. Gámez; y en León, el Dr. Félix Quiñónez y don Samuel Mayorga.

Pocos acontecimientos me han contristado tanto, como ver la lucha entre los del mismo partido. Cuando ya no tuvieron adversario al frente, se pelearon entre ellos mismos y no se pudo evitar la catástrofe. Zelaya tiraba por un lado, y el Dr. Francisco Baca, los Generales Chavarría y Godoy, con los leoneses por otro. Una noche, estando Zelaya en cama, enfermo, lo visitamos don Francisco Balladares Terán y yo, par preguntarle qué era lo que él deseaba; que nosotros no queríamos la extinción del Partido; que depondríamos nuestras aspiraciones en pro de la unidad del **partido, etc. Zelaya, mal humorado, nos contestó: "La verdad es que ya no tengo confianza en ustedes"**.

- Muy bien, le dije mañana tendrá usted nuestras renunciias.

Esa misma noche redacté mi renuncia y los otros occidentales también. En la mañana nos constituimos a bordo del vaporcito que debía traernos a León. Estando a bordo, llego don Federico K. Morris, a convencernos de que nos quedásemos; pero solo nos habló en su carácter personal y no en nombre del General Zelaya. Tuvimos miedo de que nos mandaran a apresar, pero nada sucedió y el vapor zarpó. Los ánimos leoneses se exaltaron más cuando llegamos descharchados y no se habló mas que de rebelión. Sin embargo, yo tenía todavía esperanzas en la cordura de los cabecillas y no quería la revuelta.

Hice viaje a **"El Manzano"**, y estando allá me llegó la noticia de que León se había levantado en armas otra vez. Don Francisco Baca hijo, actuando como Vice-Presidente reunió una asamblea con los propietarios y suplentes que desconocieron a Zelaya, asumiendo él la Presidencia. Zelaya por su parte, llamó a los conservadores, que estaban ansiosos de la revancha. Los principales jefes liberales eran Aurelio Estrada, Nicasio Vázquez y Juan Bodán y los conservadores Ignacio Paiz y otros.

En León estaban los generales Anastasio Ortiz, Andrés Rivas, Roberto González, Acisclo Ramírez, Benito Chavarría y Paulino Godoy. Don Francisco Baca formó un Ministerio con Samuel Mayorga, Dr. Modesto Barrios, Dr. y General Agustín Duarte y otros. Secretario particular era el doctor Pedro González.

El primer encuentro fue en Nagarote. Los leoneses, como de costumbre, hicieron un empuje formidable hasta llegar a las primeras casas del pueblo y allí fueron detenidos. Según la costumbre en este pueblo, no pudiendo avanzar se clararon en derrota, después de haber muerto el General Andrés Rivas y varios coroneles de los mejores de León. Los generales Santiago Pastora y Francisco Balladares Bone, quisieron detener a los desbandados, pero lo que obtuvieron fue su propia muerte a manos de sus mismos amigos. Se reconcentraron en León y fue entonces que el Presidente de Honduras, Dr. Policarpo Bonilla le mandó a Zelaya un refuerzo de 2,000 hombres, el mando del General Manuel Bonilla, los que se situaron en El Viejo. No pudieron avanzar un palmo sobre Chinandega, pues los defensores de la plaza, Generales Ortiz y Rafael Hernández los rechazaron con enormes pérdidas en cada embestida. Por fin, después de cruenta lucha, el gobierno de Don Francisco Baca abandonó León; Ortiz se retiró de Chinandega y no fue hasta entonces que los hondureños entraron en Chinandega, saqueando todo el comercio y casas particulares, tanto de liberales como de conservadores. General Hondureño hubo que, con carreta, se situara en el zaguán de mi casa, cargando bultos cerrados de mercancías. Lo que no se pudieron llevar lo quebraron a tiros y a culatazos.

Yo desde un principio me había retirado con **Alberto López a al hacienda "El Tanque". No quise tomar parte en esa lucha de hermanos. Allí encontré a mi hermano David, con sus dos hijos, David y Manuel. Todo lo que tenía la hacienda fue puesto a nuestra disposición. Sin embargo, carecíamos de todo: jabón, cacao y sobre todo, un trago de aguardiente. Don Guadalupe Mora Lola que llegó por allí me llevo una botella de Whiskey "Mata Burro" que a mi me pareció esplendida y lo tomaba con la mitad de agua y boca de marañon que había en abundancia.**

Pero por fin esta vida nos fastidio y aunque se oían hasta allí los cañonazos, **me fui hasta la hacienda "La Esperanza" y "El Manzano", pero me regrese a "El Tanque" hasta que vencida la revolución, Zelaya entró a León y los hondureños a Chinandega.**

Aquí el saqueo fue espantoso, tanto para conservadores como para liberales. En mi casa encontré quebrados los espejos de la sala y de los roperos; en la tienda no había ni una sola pieza de ropa; en el suelo había hilos, trencillas,

adornos y retazos de género. Yo tuve la paciencia de separarlos y recogerlos y así volví a empezar mi tienda. Por otra parte, los consejeros de Zelaya le hacían creer que yo era uno de los instigadores de la revolución; que yo había ido a Bluefields y a San Juan del Norte para traer a León al General Andrés Rivas.

Me pusieron una multa de \$50,000 que por supuesto no pagué. Me fui a Managua para hablar con Zelaya. Me recibió con ceño adusto. Me acusó de lo que sus parciales le habían dicho de mí; pero al cuarto de hora ya estaba embromado conmigo; me dijo que yo era como los ratoncitos que se metían por un hoyito y se salen por otro; que yo había preparado la bomba y les había dicho a los leoneses: **“Allí está eso pero es peligroso. Si ustedes quieren le pegan fuego, pero les advierto que los puede quemar”**. Al fin mando a llamar a la fiscal y le ordeno que le levantara la multa.

Al poco tiempo averiguo Zelaya que los conservadores le preparaban un golpe y los destituyo. En Chinandega, que había puesto un jefe político conservador, fui constituido por un liberal, Don Félix Pedro Zelaya R., que mandó con nosotros.

Cosa que me sorprende y que aún no me la puedo explicar, es como después del saqueo de los hondureños, pude emprender viaje a Europa con Narcisa, el año de 1897, y no solo fuimos a Estados Unidos y Europa, sino que hicimos con la señorita Emilia Navarro, nuestra compañera, el viaje circular más estupendo. En París y en la Angenpia Cook, compramos todos los billetes de ferrocarril y se nos hizo un itinerario para hacer el siguiente recorrido: en primera clase, en Francia, Bélgica e Italia y en segunda clase en Alemania. Me dijeron que allí solo los príncipes y los tontos viajaban en primera. Salimos de París para Bruselas y de allí para Colonia y Hamburgo; de esta ciudad para Berlín, Dresden y la ciudad universitaria de Heidelberg. Entramos a Suiza, Italia y Francia y volvimos a París.

Pero vale la pena detallar este recorrido. Narcisa y yo, ya conocíamos Bruselas y Hamburgo. De Berlín visitamos la ciudad de Postdam, donde está el castillo del Emperador Federico II, y donde todavía existía el molino de Sans Souci, que tiene su historia. Federico II era un déspota que hacía todo a su capricho. Le ordenó a su Gran Canciller que comprase todos los terrenos adyacentes del castillo; pero llegado al molino de Sans Souci, su propietario le

dijo que por ningún dinero lo vendería. Federico lo mandó a amenazar con que se lo quitaría por la fuerza. **El propietario le dijo que “aún habían jueces en Berlín”.** El emperador se contuvo con esa contestación y ordenó que no molestaran más al dueño del molino y que allí lo dejaran para perpetuar la entereza de aquel hombre y, allí estaba todavía el viejo molino ya abandonado, formando parte de los terrenos del Palacio de Postdam. ●